

SUSCRICION
EN
PROVINCIAS.
UN MES. . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de in-
demnizacion en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION
EN
MADRID.
UN MES. . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40

30 por 100 de in-
demnizacion en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Revista de Madrid.—Revista de teatros.—La Estrella del Sud, novela original, por don Alejandro Magariños de Cervantes (continuacion).—Paisajes extranjeros.—Las plagas de Egipto en Madrid (conclusion).—Viajes; Italia.—Convenio de Vergara (conclusion).—Revista bibliografica.—Los zapatos de Coribio.—Mosaico.—Efemérides españolas del siglo XIX.—Modas.—Logogrifo.
Este número lleva siete grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior.—FRANCIA. El 28 por la noche regresó el presidente de la república á París. Desde muy temprano multitud de gentes de todas clases del pueblo, se habian apostado en la carrera que debía seguir hasta el Eliseo, á fin de desempeñar cada uno el papel que le estaba asignado en la demostracion.

Los vivos al presidente y á la república se repitieron en gran número sin que por lo demas ocurriese la mas minima novedad; el gobierno sin embargo, habia tomado muchas precauciones para mantener el orden, y aun en algunos puntos se impidió la circulacion.

Pocos dias habrá descansado en París el presidente de la vecina república, pues para su próxima salida tenia ya arreglado el itinerario. Se cree con fundamento que en este viaje encontrará simpatías generales, y por de pronto se sabe que el ayuntamiento de Caen ha votado diez mil francos para los gastos de festejos y demas.

Se hallan reunidos en la actualidad los consejos generales de departamento, habiendo triunfado en la mayor parte al elegir su presidente el partido conservador. Algunos se han ocupado ya de la reforma constitucional, que puede decirse que es la cuestion del dia. Los departamentos del Alto Viena, de los Altos Alpes, de la Creuse y del Aisne, han consignado su voto en sentido afirmativo sobre la necesidad de reformar la constitucion. Mr. de Lamartine, que preside el consejo general del departamento de Saona y Loira, ha publicado un artículo para combatir todo proyecto de cambio político, y sostener la forma republicana. Mr. de Lamartine acepta la forma constitucional, principalmente en cuanto al sufragio universal y á la creacion de una segunda cámara ó senado. Si se cree conveniente fijar una época mas larga á la duracion de los poderes del presidente, ó levantar la prohibicion de ser reelegido, opina el ilustre vate, que la Asamblea deberá nombrar un poder ejecutivo interino, y que procediéndose en seguida á las elecciones, en ellas encontraria Luis Napoleon la aprobacion ó desaprobacion de las pretensiones que se le achacan. La mayor parte, sin embargo, de los consejos generales proceden con alguna timidez, que acaso producirá tambien alguna indecision en el gobierno que esperaba su apoyo.

La muerte del rey Luis Felipe ha causado en París profunda sensacion; todos los periódicos consagran á la memoria del difunto algunos elogios, y la opinion pública se preocupa de la influencia que este triste acontecimiento pueda ejercer en la marcha futura de los sucesos. Creese generalmente que el cadáver será conducido al panteon de la familia real en Dreux. El sábado 31 del pasado, debieron celebrarse los funerales por su alma en la catedral de San Jorge, y en aquel mismo dia se celebró un oficio fúnebre en la capilla espiatoria construida en Neuilly en conmemoracion de la muerte del duque de Orleans, á la cual asistió una inmensa concurrencia.

La vuelta á París de Mr. BERRYER y las conferencias que con él han tenido en Wiesbaden algunos de sus colegas de la Asamblea, dan mucho pábulo á las conversaciones políticas, teniéndose por cierto que se ha acordado que el partido legitimista tenga en lo sucesivo una política propia, encaminada á preparar el terreno para el desenlace de la cuestion que debe presentarse en 1852. El gobierno de la república comienza á tomar estos planes en consideracion, si bien se espera que los hombres importantes del partido legitimista pesarán bien las consecuencias de su marcha antes de emprender el camino á que se les supone inclinados.

El dia 23 comió el señor Salvandy en el conde de Chambord, y el dia 31 del pasado agosto ha debido salir de Wiesbaden el representante actual de la rama primogénita de la casa de Borbon para trasladarse á Froshdorff, punto de su residencia habitual.

Las medidas adoptadas en Turin con ocasion de la muerte del ministro de Comercio, Santa Rosa, y particularmente la prision del arzobispo Fransoni, han dado lugar á que el ministerio se divida, habiendo momentos en que se ha creído muy probable la modi-

ficacion del ministerio, aplazada al menos por ahora, á pesar de que las primeras noticias que se han recibido de la mision de Pinelli cerca de S. S. son muy poco satisfactorias, pues que la cuestion entre Cerdeña y la Santa Sede, toma un aspecto cada dia mas grave. Segun comunicaciones de Roma, posteriores á la llegada de Pinelli, Su Santidad exige una retractacion y de ningun modo la justificacion de los actos consumados por el gobierno de Cerdeña, preparándose en otro caso á emplear medidas de rigor, y si bien esta version es distinta de la que daban hace pocos dias las cartas de París asegurando que Su Santidad se habia negado á recibir al conde Pinelli, se ve no obstante que las circunstancias continuan siendo sumamente graves.

Afortunadamente no ha salido cierto el rumor de que se habia atentado contra la vida de Su Santidad, ni tampoco han logrado su intento los que en Roma se propusieron alarmar la poblacion y producir acaso alguna revuelta, que las autoridades han evitado facilisimamente.

Entre las infinitas versiones que corren acerca de las decisiones de la Prusia en sus interminables cuestiones con el Austria, es la mas notable la de asegurarse que ha declarado terminantemente que no coadyuvará con esta última potencia á la reunion de la dieta, limitando su concurso al establecimiento de la union alemana bajo las bases que tiene anunciadas. Por lo demas nada nuevo podemos decir de Alemania, pues que la guerra de los ducados parece haberse acabado, segun el tiempo que va pasando sin que ninguno de los dos ejércitos se muevan, particularmente si prescindimos de un parte telegráfico de Hamburgo, en que se anuncia que una columna dinamarquesa desembarcó cerca de Graenwald y no lejos de Kiel, cuyo objeto no se comprende, al decir de los periódicos de estos dias, si se examina la posicion de Graenwald, y setiene en cuenta que su fuerza es poca para asediar la plaza de Kiel y menos aun para internarse por aquella península. No obstante, acaso se hayan propuesto obligar al general Wlissen á que distraiga hacia aquella parte alguna fuerza de su ejército para aprovechar la ocasion de atacarle.

El congreso de la paz cerró sus sesiones el 24 del pasado agosto, habiendo durado solo tres mañanas, y discutido en las dos últimas los tres puntos que segun nuestra revista anterior quedaron pendientes en la primera.

Interior. Terminadas las elecciones generales, que se han celebrado en toda la monarquía el 31 del pasado y el 1.º del corriente, la atencion pública solo se preocupa casi esclusivamente de las cuestiones que haya de someter el gobierno á la deliberacion del futuro y próximo congreso; á las segundas elecciones que habrán de verificarse en algunos distritos, y á las nuevas que se harán mas adelante, luego que los diputados electos por mas de un distrito opten por cualquiera de ellos. Por lo demas se disfruta de envidiable tranquilidad en todo el reino.

REVISTA DE MADRID.

El dia 1.º de setiembre ha dado término á la temporada de verano de 1850. Las puertas de la capital se han abierto de nuevo para recibir una inmensa multitud de fugitivos y ausentes; y Madrid ve restituirse cada dia al seno de sus hogares doscientos habitantes, á quienes el calor habia dispersado á mayor ó menor distancia por todos los ámbitos de la Península. Esos mismos, que hace dos meses se disputaban encarnizadamente los billetes de la diligencia y del correo para abandonar la corte, al ver llegada la hora de su regreso, los han reconquistado á viva fuerza, ansiando recorrer las calles de Madrid, de pasear las alamedas del Prado y del Botánico, y de saludar, si quiera sea de paso, la solitaria verja del convento de Atocha.

Bien puede asegurarse, sin temor de ser desmentido, que Madrid no tiene en el año un periodo mas brillante, mas generalmente deseado, que el que se comprende en el mes de setiembre. Los dias de pascuas y de año nuevo son de ordinario lluviosos y húmedos, lo que les quita una parte muy considerable de su atractivo: el carnaval ha perdido ya todo el prestigio que alcanzó en tiempos de mejores costumbres que las actuales; y el celo religioso no ha adquirido aun el fervor que necesita para dar á la Semana Santa la importancia que tuvo en otros tiempos. Estos periodos, los mas notables del año por el movimiento y bullicio que de ordinario llevan consigo, llegan y pasan casi siempre sin dejar tras de sí rastro ni huella alguna. Pero el mes de setiembre es siempre deseado,

es siempre bien recibido, siempre disfrutado con afan y siempre recordado con entusiasmo despues que trascurren sus dias serenos y apacibles.

Muchos son, á nuestro modo de ver, los motivos que concurren á hacer tan grato á Madrid durante el mes de setiembre.

Cuando comienza el verano, y sobre todo, cuando sus calores se dejan sentir con gran fuerza, entonces el único deseo de cuantos habitan la corte, es el de abandonarla por algun tiempo. Dispersos por do quiera sus galantes moradores y sus lindas vecinas, ¡cuánta y cuan variada multitud de encuentros, de relaciones, de conocimientos, de amistades y de fugaces amores no ofrecen entonces los baños, las expediciones, las incesantes correrías y las giras campestres!... Pero estos dias de ventura pasan muy pronto; y cuando sus últimos momentos se acercan, cuando los viajeros se ven precisados á abandonar amantes y rendidos el objeto á quien dos dias antes eran indiferentes y estranos, entonces el único consuelo de su amarga desventura, es esta palabra cariñosa, pronunciada siempre con acento de deliciosa esperanza:

—«Nos veremos en las ferias de Madrid.»

Desde este momento suspiran los inconsolables amantes por ver lucir en Madrid el claro sol de setiembre.

Téngase ahora en cuenta el inmenso número de personas que abandonan á Madrid durante el verano; las varias y multiplicadas correrías que hace generalmente cada una de ellas, las simpatías que se cruzan, las relaciones que se forman, los fugaces amores que se fomentan en estos dias inolvidables. Concédase buenamente que cada viajero—y tambien cada viajera—pueda simpatizar mas de una vez mientras duran sus correrías; y se deducirá naturalmente que en las ferias de Madrid hay aplazados algunos miles de amantes, que anhelan adelantar sus relaciones, ó continuarlas, ó reconquistar tal vez alguna prenda perdida, que huyó en alas de otro amor despues de las sentimentales escenas de la última despedida.

Así pues, en vez de un Madrid abrasado por los ardores de la canícula, de un Madrid sin goces ni diversiones, de un Madrid que nos cansaba despues de diez meses de residencia, hallamos un Madrid templado, un Madrid animado, un Madrid que anhelan ver los ojos de nuestra alma: y sobre todo en vez de un Madrid que poseíamos, vamos buscando un Madrid que no tenemos; porque, es preciso desengañarse, la privacion y la ausencia son las mas bellas recomendaciones que puede tener aquello que ha de escitar nuestro entusiasmo y nuestro deseo.

Ausentes de la corte durante este tiempo, mal pudiéramos nosotros referir á nuestros lectores lo que en ella ha ocurrido durante el mismo. Por otra parte, la materia se nos habia de ofrecer bien escasa en todos aquellos asuntos que caen bajo el dominio de esta revista.

Pero, sino nos engañan nuestras noticias, las diversiones de Madrid se han reducido á bien poca cosa durante el mes de la canícula. Algunas funciones del teatro de ópera y baile, donde las ovaciones á la Fuego comenzaron por ramitos de flores y concluyeron por árboles que introducian en el escenario cuatro mozos: los conciertos del señor Molberg, cuya habilidad, por desgracia suya, se empeñó el público en no reconocer hasta que se anunció la última funcion: los cuadros vivos, venerable antigüedad, que ha logrado salvarse todavia del ridículo en que no ha mucho la pusieron Pardo y Guerrero: unas lecciones de amor que la academia dramática tuvo la humorada de dar á quien puede volverle lecciones y ejemplos prácticos á todas horas del dia; y los ejercicios ecuestres de monseñor Tourniaire y de su compañía, sin otro mérito que el de haberse visto todos ellos en Madrid hace dos años; han sido los únicos espectáculos públicos de la corte durante la temporada de verano.

No se crea que exageramos, ni que pretendemos desfigurar la fisonomía que ha presentado Madrid en este tiempo en punto á diversiones públicas. Tan alterada se ha visto esta, que fuera de la corte nos era imposible reconocer su retrato, representado con fidelidad en todos los periódicos de ella. Poco antes de abandonarla leíamos en los anuncios de espectáculos los siguientes epígrafes: Teatro Español—Teatro de la Opera—Teatro de la Comedia—Teatro de Variedades. Ausentes de Madrid leíamos en la misma seccion estos otros epígrafes: Sarao Oriental—Circo Ecuestre—Circo Gimnástico español—Teatro de la Academia—Templo de Ilusion—Cuadros vivos. Trabajo nos costaba reconocer en este Madrid al Madrid de nuestros dias.

A estos pasatiempos aun pueden agregarse otros,

mas ó menos serios, mas ó menos inocentes, pero todos ellos muy propios de la ociosidad y del descanso del verano. La muerte del príncipe de Asturias y su entierro han dado lugar á láminas, vistas, retratos, melodías musicales y asunto á dimisiones, esplicaciones y otro género de sucesos. Las fiestas de precepto han traído consigo las celebridades del Hipódromo, el Casino, el Ariel y el Jardín de Recoletos: los ardores caniculares han dado á algunas gentes la tentación de revolver con sus desnudos cuerpos las empantañadas y pestilentes aguas de los baños del Manzanares. Añadamos algunos conciertos matinales en el café del Espejo á 40 grados de calor, y algunas arpas y violines ambulantes, que á las primeras horas de la noche se han alargado hasta dar música en el salón del Prado; y tendremos un cuadro casi completo de la vida de Madrid durante el pasado mes de agosto.

Entiéndase, por supuesto, que aquí no tenemos en cuenta para cosa alguna los frecuentes cambios atmosféricos; ni diremos que la temperatura que ayer producía sofocantes calores, causaba mañana agudas pulmonías: ni que á los ligeros trages de verano sucedían de la noche á la mañana las capas y los gabanes del invierno: ni que los madrileños han vivido la mitad del mes de la canícula sin saber á punto fijo si se hallaban en agosto ó en enero.

Mas no pasaremos en silencio otro suceso verdaderamente singular y notable.

El que haya vivido dos meses en Madrid, puede haber conocido en él uno de los pueblos mas noveleros y superficiales de la tierra. Todo lo que se separe un solo ápice de lo que en el curso regular y ordinario de la vida está acostumbrado á ver y tocar, es para él un asunto de novedad, de largas conversaciones, y de difusos y curiosos comentarios. Agrégase á esta fatalidad la de creer como artículo de fé cuanto dicen las gacetas de los periódicos, lo cual es peor para el descanso de esta vida, que lo será para el de la otra el haber creído las doctrinas de Mahoma.

Con estos antecedentes, ya pueden figurarse mis lectores cuál no sería su asombro y su universal espanto, cuando oyó hablar el día 20 del mes pasado de una terrible manga de fuego, que iba á poner en ebullición las aguas de los rios, y á carbonizar instantáneamente los huesos de todos los humanos vivientes. A tal noticia, abriéronse de pronto los pozos de la nieve, y llenáronse con sus enormes pedruscos las cuevas de las casas de Madrid; traladáronse los vecinos de los cuartos altos á los bajos, y no faltó quien pensase en colocar un cuartito de madera dentro del pozo, pendiente de gruesos cables hasta tocar en el agua. Pero llegó el día designado, y este ponderado acontecimiento se vino á convertir como el parto de los montes en una pequeñez desproporcionada al aparato de su anuncio. La manga de fuego se había convertido en una inmensa manga de humo, que se elevaba hácia el cielo; no eran las nubes de verano, era la tahona del Mico, la que producía aquellas inmensas llamaradas. La tormenta anunciada se había localizada junto á la plazuela de San Ildefonso; y el rojo resplandor de las llamas servía de magnífica luminaria, que disputaba á la luna, casi llena, el derecho de alumbrar aquella noche las calles de Madrid.

Pero si la escasez de novedades ha sido tal durante este tiempo, que tengamos que apuntar como notable el suceso que acabamos de referir, la temporada actual, la del otoño que va á sucederle, y la del invierno que vendrá tras esta, prometen ser fecundas en goces y diversiones de todo género. Figuran en primera línea los teatros, los innumerables teatros que va á tener Madrid dentro de pocos días; pero sobre este asunto, de que habíamos pensado ocuparnos en este artículo, hallarán nuestros lectores cuantas noticias interesantes y curiosas pudieran apetecer, en las dos revistas de teatros con que nos ha favorecido uno de nuestros mas entendidos escritores dramáticos.

Mucho nos falta sin embargo para dar por completo el bosquejo que nos han ayudado á trazar los recuerdos del mes de agosto. En nuestra próxima revista trataremos de suplir este vacío, que acaso descubrirá fácilmente la penetración de nuestros lectores.

J. M. ANTEQUERA.

REVISTA DE TEATROS.

Teatro Real.—Adelantos; experimentos.—Español; compañía, preparativos de apertura; conducta de la junta de autores como junta de lectura.—Del Drama, formación.—De la Comedia, compañía.—Supernumerario de idem; proyectos, pretensiones, crisis, apertura, muerte.

Con sentimiento volvemos á tomar la pluma para una revista de teatros, en la que solo podemos ocuparnos de noticias locales, de hechos conocidos ya en su mayor parte, y de cuestiones de interés material, que tal vez no le tengan á los ojos de nuestros lectores. Pero los proyectos de los coliseos todos, están todavía en germinación y no hay hasta ahora un solo producto, ni literario ni artístico, que podamos sujetar á nuestro obligado analisis, sin prejuzgar indebidamente cosas que solo tenemos derecho á juzgar á posteriori. El 1.º de setiembre ha llegado y pasado tambien sin que ningun teatro haya podido abrir sus puertas al público; tales han sido las dificultades con que han tenido que luchar, y con las que algunos de ellos están luchando todavía.

El Teatro Real ha recibido en esta última quincena un impulso tal, que sus obras, tanto interiores como

exteriores, dan ya una idea exacta de lo que será dentro de poco.

Casi toda la obra de adorno de la sala está terminada, puesto que solo falta la de algunos palcos de embocadura y la planta baja con muy poco del Paraíso en la parte superior. Vénse ya en la platea las dilatadas filas de butacas, que á decir la verdad, aunque muelles y elegantes, nos parecen un tanto estrechas. Los adornos de los antepechos en blanco y oro, arabesco el del inferior, y góticos los demas, hacen una vista rica y brillante, tal vez un poco recargada. Volvemos á repetir que el foro nos parece corto con relacion á su anchura. El declive del plano de la platea está muy bien entendido; es mayor que el de todos los coliseos que conocemos, y no hay el inconveniente de que los espectadores se obstruyan mutuamente las visuales.

En este coliseo han tenido ya lugar algunos experimentos acústicos para formar una idea de su aptitud armónica.

Produjo muy buen efecto una charanga militar que tocó colocada en su escenario, si bien juzgamos poco acertada la eleccion de una charanga para semejante prueba. No le produjeron despues tan bueno los cuerpos de coros, pues aunque numerosos y acompañados de un solo piano, en un local desprovisto todavia de las ropas y concurrentes, cosas que contribuyen á apagar mas y mas los sonidos, parecían acusticamente exigüos, y no lograron arrancar á la sala esa vibración armónica de tanto valor en los locales de canto, y de que es indudablemente susceptible el local en cuestion.

Esperamos el efecto que producirán los mismos cuerpos de coros con la orquesta y banda; y mas aun el efecto de las voces é instrumentos con la concurrencia en los nuevos ensayos, y en el concierto por convite que ha de darse en los dias de S. M. Lástima que tanto lujo y tante boato no puedan garantizar una vida artística á este coliseo. De todos modos la corte poseerá un teatro de primer orden. Añadiremos que el señor Ronconi y el señor Moriani, han llegado á la corte en pós del señor Salamanca, no sabemos con que objeto, aun cuando algunos presumen que con el de ajustarse y estar preparados para la apertura de dicho coliseo.

En el teatro Español, *ex-primogénito* del gobierno, y segundón ahora, casi casi desheredado por su papá, la formación que se presentó con el aspecto de una poco menos que absoluta impasibilidad, como dijimos en nuestro anterior artículo, ha cambiado ya de aspecto. El señor Valero, disidente al principio, como allí lo consignamos, merced al intermedio de algunos amigos, modificó sus exigencias, y logró al fin ponerse en completo acuerdo con el director, á quien la junta había otorgado omnímodas facultades, *salva la traslimitación de los presupuestos aprobados*. Vencido este capital obstáculo, aceptó tambien la señora Lamadrid menor, y sobre este núcleo la formación se ha completado. Los señores Latorre, Guzman, Calvo, Barroso, Pizarroso, Boldun, Osorio, y otros, figuran tambien en ella, como las señoras Lamadrid mayor, Noriega, Chafino, Montero, Duran, y otras. Finalmente, en el teatro Español hay una compañía, con la cual puede abrirse decorosamente. Nosotros lamentaremos siempre que las escasas facultades de la junta de autores no hayan podido ser conciliadas con lo indispensable para recompensar el mérito de otros actores, segun su propio aprecio. Nos referimos al señor Romea, señora Díez y familia, cuya ausencia del teatro Español deploramos *sincera y cordialmente*.

El teatro Español, en fin, va á comenzar su segundo año de existencia, y nótese que con muchos peores auspicios que el primero con relacion al tiempo y elementos de prosperidad, ¿cuál será el resultado? los sucesos solamente nos lo podrán demostrar; nosotros no queremos anticipar ningún pronóstico. Su apertura se verificará el 15 del corriente con la comedia de Tirso, *La Villana de Valdecas*.

Al mismo tiempo y con el objeto de surtir al teatro de las obras que pueda necesitar, y que puedan merecer los honores de ser representadas en él, ha dado principio á sus lecciones como junta de lectura, la de autores dramáticos convocados por el gobierno para la administración de este coliseo. Nosotros combatimos en un principio la idea de que esta misma junta se abrogara semejante cargo; pero convencidos por el ejemplo del anterior comité de lectura, nos persuadimos de que solamente los que tan interesados están en el decoro y prosperidad de esa institucion podían desempeñar tan espinosa comision con aquella fuerza de imparcialidad que se necesita para resistir á toda influencia perniciosa, á toda otra consideración que no sea la conveniencia del arte, y la prosperidad de su cometido. Temíamos, sin embargo, ya el exclusivismo, ya el espíritu de corporación; los primeros actos de la junta de lectura nos han disipado todo temor. Cuatro producciones de individuos de la misma han sido leídas en su seno; tres han sido rechazadas, la otra admitida por unanimidad. Son las primeras, *El sol Poniente*, comedia en tres actos del señor don Juan Ariza, secretario de la misma junta; *La Hipocresía del vicio* del señor don Manuel Breton de los Herreros, Mauregato, ó el feudo de las cien doncellas, del señor don Miguel Agustín Principe; y es la última *El tesoro del rey*, de los señores don Antonio Garcia Gutierrez, y don Eduardo Asquerino.

Reinando la mejor armonía entre los individuos de esta junta, estando todos unidos por los lazos de la amistad y de la mútua consideración, es de suponer que al votar en contra de las producciones de sus com-

pañeros y amigos han sabido vencer en obsequio de la justicia las exigencias de la amistad y del compañerismo.

Sépanlo, pues, cuantos hubieren de presentar producciones al teatro Español; si la obra es mala, que no fien en relaciones de amistad, en conocimientos ó recomendaciones, todo será inútil; si es buena, no teman el carecer de todos estos requisitos inútiles ante un tribunal que de tan evidente modo ha probado su rectitud é imparcialidad.

En el teatro del Drama sigue la formación con la misma lentitud, y no sin sus contras y dificultades. El señor Lombia ha hecho la adquisición de la señora Llorens y le felicitamos por ello; esta adquisición le ha costado, sin embargo, la pérdida de la señorita Carrasco, si no estamos mal informados, que deseáramos esto, como tambien deseáramos estar mal informados que le ha efectuado acerca del ajuste del señor Ayta; porque si es cierto no felicitamos en verdad al señor Lombia. En esta combinación figuran ademas la señorita Ruiz (doña Concepción), la señora Flores (doña Catalina) y otras, y los señores Caltañazor y Garcia. Nada podemos asegurar de cuándo y cómo celebrará su apertura este coliseo.

La formación del de la Comedia ha sobrepasado con mucho nuestras esperanzas. Cuando creíamos que el pésimo horizonte teatral obligara al señor Dardalla, su empresario, á limitarse tal vez escusivamente en el personal (castellano) de su compañía, he aquí que dicho señor nos guardaba la agradable sorpresa del ajuste del señor Arjona (don Joaquin). Todo tiene sus relaciones y proporciones.

Si las pretensiones del señor Arjona en el teatro Español han merecido mas de una vez nuestras ásperas censuras, cuanto pretenda, cuanto intente, cuanto emprenda y acometa este actor en su nueva posición, no podrá ya merecernos otra cosa que un franco y desinteresado apoyo. Ahí no podrá haber para él exigencias artísticas condenables, y sus esfuerzos y conatos no podrán tener por guía ningún sentimiento de injustificada competencia, de ridícula pretensión; ahí el señor Arjona, estando en el primer lugar, está en el que le corresponde, y la empresa y él mismo habrán de felicitarse por su mútua adquisición, si sus respectivas conductas se mantienen en la línea de recíproca conveniencia. Aun sin la presencia de los señores Dardalla y su cuadro, ni de los señores Oltra, Arjona (mayor), Nogueras, etc., y las señoras Samaniego (doña Juana) Hernandez, Gutierrez y demas, bastaria la del señor Arjona, para dar vida á esa formación, y hacer de esa compañía la primera de verso despues del teatro Español.

Hombre pobre todo es trazas, dice un refran antiguo, que es tambien título de una comedia idem, y esto es lo que está pasando al teatro supernumerario de la Comedia y numerario de la ópera cómica española. Ahogados bajo el peso de su colosal presupuesto los aprovechados manipuladores de aquella infortunada cuanto benemérita empresa, han imaginado un expediente, que no sería en verdad del todo malo, si á la pobre, cuyas mandíbulas han dejado casi desiertas, la quedán todavía algun diente para hincarle en el negocio. Visto que el nuevo local con su ingreso no podria cubrir los gastos, han tomado otro mas; el del Circo de la plazuela del Rey. Expediente que no sabemos si en último resultado aumentará mas los gastos que los ingresos; pero que de todos modos, aunque no sea mas que por el guarismo de su capacidad, puede figurar ventajosamente en un proyecto. Vamos á mirar este negocio no con relacion á la empresa, sino con relacion al espíritu del decreto de teatros. Prescindamos de la inconveniencia de dejar á una sola empresa la explotación de dos locales, lo cual puede ser el primer paso al monopolio; pero puesto que esta misma empresa está en posesion de dos privilegios, lo cual tampoco es muy católico, concédase, aunque convendría poner un coto á esa especie de traspaso de los privilegios exclusivos, cuya concesion no vemos de que parte del decreto esté lógicamente deducida, y mucho menos de esa manera personalísima y coactiva. De lo que no podemos prescindir, sin embargo, es de que á una sola empresa se le permita usar simultáneamente de dos distintos privilegios en dos distintos locales, porque esto está en abierta contradicción con el espíritu del decreto: pues en estas ó muy semejantes pretensiones anda ahora la camada del teatro de Variedades. Empero, segun de público se dice, no hay ya salvación posible para la crisis en que la empresa se halla, y su muerte mas ó menos temprana se tiene por inevitable. ¿Y que otras pudieran ser las consecuencias de los agentes? ¿Quiera el cielo salvarla, si es posible, y dar lugar á la apertura de sus coliseos (en plural! ó dual al menos).

Si como se proyectaba se ha logrado, no sin sus trabajos ciertamente, abrir el local de la calle de la Magdalena antes del día en que aparezcan estas líneas, deseáremos que haya alcanzado buen éxito la comedia del señor Rosa con que indicamos en nuestro anterior artículo que se verificaria, titulada *El remedio del fastidio*. En el mismo día, si esto tiene lugar, se habrá representado tambien la pieza en un acto titulada *Dos á Dos* de un jóven llamado don N. Marin Gutierrez.

Si á la aparición de este artículo no han tenido lugar aun estas aperturas la actual empresa de Variedades habrá dejado de existir con sentimiento de muchos buenos españoles. (Véase nuestro artículo anterior.)

== . . . C. ==

LA ESTRELLA DEL SUD.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

(Continuación.)

CAPITULO V.

Abyssus abyssum invocat.

—Sabes cuanto me afectan tus arrebatos, continuó él, y cuanto sufre mi nerviosa y enfermiza constitución, siempre que me veo obligado á contenerme y á ahogar en mis labios las palabras de fuego, que tus sarcasmos y despoticos procederes encienden en mi pecho; ¡tú lo sabes, y sin embargo, no lo tienes nunca presente, Manuela!

—Mira, Enrique, respondió ella muy conmovida por el tono y aire de honda tristeza con que se expresaba, no es mia la culpa, sino de ese gandul, que en vez de obligar á tu hija á que te acompañase, como debia, puso una cara de demonio cuando la oyó decir que vendria por medio mes.

—¿Pero cómo quieres que un hombre locamente enamorado, y que no hace veinte dias que se casó, se separe con gusto de su muger? Harto hizo el pobre con someterse á su fallo, y no oponerse: cosa que no habria hecho yo ciertamente ni muchos recien casados...

—En fin, no hablemos mas de eso, dijo doña Manuela, tendiéndole la mano, ¿cuándo partimos?....

—Mañana ó pasado.... cuando tú quieras, contestó le Enrique estrechando cordialmente su mano.

Libre don Juan de las importunidades, de las impertinencias, y de la incesante charla de la literata, se adormeció en brazos de su felicidad, y fué feliz cuanto puede serlo un hombre en este mundo, sin que ni una vez sola apurase hasta las heces la copa del placer (1).

No tenia mas pensamiento ni mas vida que complacer á su jóven esposa, y retribuirla en cierto modo la felicidad que le debia. Hasta la reserva y manera ingeniosa como se manejaba Emirene cuando queria conseguir algo le encantaba. En vez de imitar á tantas niñas, que no hacen mas que pedir, y pedir, y pedir, imitando el monotonó tañido de las campanas, ¡dam! ¡dam! ¡dam! y obligando á sus pobres maridos, hermanos, parientes (ó lo que sea) á estornudar cada vez que abren la boca, y á quejarse de los oídos para hacerlas creer que no oyen; ella, á pesar que tenia siempre disponible en su cómoda una cantidad muy decente para alfileres, no la gastaba ni decia á su esposo: ¿me compras esto? ¿me compras lo otro? si no: he estado en la joyería ó en la tienda de N., y he visto unos pendientes, un vestido, un cachemir, preciosos, pero me parecían muy caros y no he querido tomarlos.

—¡Economía, por Dios! ¡hija, economía! que me arruinas y voy á quebrar, le respondia don Juan riéndose y mostrándole el puño cerrado, como indicándole que era una avara.

—Mira, no me hagas burla, derrochador, contestábase su consorte, tirándole de las patillas.

Entonces él la pasaba velozmente el brazo por la cintura, se la llevaba al sofá, y sentándola en sus rodillas:

—Vamos, cuéntame, le decia, apartando los rizos de su frente y acariciándole; cuéntame lo del cachemir; era muy bonito, ¿eh?....

—¿Bonito ó feo qué te importa?

—¿Niñita, es ese modo de contestar á su señor?

—No soy negra.

—Bien: serás mulatilla, que es lo mismo.

—¿Cuánto diste por mí?

—Poca plata, hija, porque eres muy fea, y no vales nada: unos cien reales....

—Pues hay alguno que daría, cien mil onzas....

—¿De plomo?

—No: de oro.

—Vaya, mas respeto y ande derecha, si no quiere que la venda.

—¡Ojalá!.... ya tengo quien me compre.

—¿Quién es?

—Un gachupin muy malo.

—¿Cómo se llama?

—Muy miserable, muy ruin....

—¿Cómo se llama?

—Don Juan de Serelar y Villavicencio.

Hasta aquí se podía oír el diálogo, porque las risas, las exclamaciones y algo mas, impedían percibir las palabras del resto de la conversacion.

Salía en seguida don Juan con cualquier pretexto, y volvía con los pendientes, el cachemir, el vestido ó el objeto que habia llamado la atención de su queridísima esposa.

Entonces esta le preguntaba como sorprendida:

—¿Y te has ido á incomodar!.... vamos, gracias....

lo tomaré ya que la has traído.... ¿verdad que es lindo?

—Si vale algo será por el mérito que tú le das, reina mia.

—¡Adulador!

—¡Engañador!

—¡Miserable!

—¡Horrorosa!....

Y volvían á las andadas.

Creo hacer insinuado que Emirene era muy caritativa, y que la vista de los infortunios y miserias ajenas la afectaba en extremo. Cuando nada tenia, apenas podía de vez en cuando escuchar los impulsos de su corazón, ahora que se veía rica y con un marido dotado de los mismos generosos sentimientos, gozabase en hacer el bien solo por el placer de hacerlo, y en asociar á su esposo á sus obras de caridad. Presentábase alguna pobre viuda, algun infeliz padre de familia, alguna madre cargada de hijos, y cuando sabia que estaba solo los encaminaba á su despacho con una carta-orden concebida en estos términos:

Don Juan de Serelar y Villavicencio tendrá la bondad de entregar en el acto al portador la cantidad de (aquí la suma) en moneda de plata ó oro, con exclusion de cualquier papel, creado ó por crear: cuya cantidad pagará la que firma en las especies que el tenedor de la presente estime mas realizables en ese mercado.

O bien:

Señor mayordomo, envío á vd. al señor para que le dé algo.

O si no:

Haz una limosna, Serelar, para que Dios te perdone los infinitos pecados que cometes cada día.

Satisfacia don Juan á los recomendados, los despedía, tiraba la pluma, cerraba los libros, y con el billete en la mano subía á las habitaciones de la traviesa niña.

Escondíase Emirene tras las cortinas de la alcoba, al sentirle subir las escaleras: buscábala el afanoso de cuarto en cuarto; preguntaba á las criadas donde estaba: corría toda la casa, hasta que la veía cruzar por el corredor y dirigirse al jardín, metiéndose el pañuelo en la boca para no reventar de risa. Corría tras ella y se detenía en los primeros tramos de la escalera, azorado, al mirarla bajar corriendo, veloz como una cierva perseguida por los cazadores, y no parar hasta guarecerse tras alguna tupida enredadera. Entonces bajaba al jardín, y á duras penas conseguía traerla á sí:

—Mira, estás muy cansada.... Ven, nos sentaremos en la gruta de Neptuno.

—¡Qué! si tiene el tal dios una cara tan fea que asusta.

—Pues iremos á la glorieta.

—Está todavía húmeda con el rocío de anoche.

—Descansaremos en los bancos de piedra de la fuente del centro.

—Calienta mucho el sol ahora, y parecerán planchas de cobre caldeadas al fuego.

—¿Y en los de la cascada?

—¿No reparas que estamos muy fatigados y que el fresco ambiente de aquel parage recargado con las partículas del agua que rebota en las peñas y se convierte en vapor, nos seria perjudicialísimo?

—Tienes razon,—decia don Juan acercándose poco á poco, y avalanzándose hácia ella de golpe,—tienes razon....

—¡Zape! contestaba Emirene dando una media vuelta á la derecha.

—Pero muger, hazme el gusto de acercarte, replicaba el hidalgo poniéndose muy serio.

—Pero marido, hazme el gusto de estarte quieto, respondía ella parodiando su gravedad.

—Eso no está en el orden....

—Si es atroz, inaudito, escandaloso.

—¡Ir á distraerme de mi trabajo y luego huir de mí!

—¿Qué picardía, no? opino que se fusile á ese tunante que te va á distraer y luego huye de tí. Si señor, ¡bala con él! ¡fusilarle á ver si escarmenta!

—En fin, yo tengo la culpa, no debia rogarte.... y te prometo....

—¡Así me gusta, fibra!

—Juro no hablarte en una semana.

—No jures en falso.

—¿Pues qué, crees que no lo cumpliré?....

—¡Qué has de cumplir tú!

—¿A que sí?

—¿A que no?

—Repito que no te miraré á la cara.

Emirene se puso á tararear:

Tira y no alfojes

Que así te quiero,

¡Ay, no te enojas,

Porque me mueres!

Don Juan la miró y añadió despedido:

—Me voy á trabajar que será mejor.

—Vd. no se moverá de aquí, si no quiere darme un mal rato.

El burlesco vd. de Emirene acabó de exasperarle, y repuso:

—Estoy enojado de veras.

—Pues iremos á la glorieta, dijo ella, conociendo que le habia desazonado con sus bromas.

Don Juan creyó que seguía de chanza y contestó:

—Ya no quiero.

—¿Ni sentarte en los bancos de la fuente?

—Tampoco.

—¿Ni en los de la cascada?

—Menos.

—Pero si querrás acompañarme á la gruta de Neptuno, replicó su consorte con malicia, acercándose

á él, tomándole la mano, mirándole con ojos cariñosos, y aproximando tanto su rostro al suyo, que parecía decirle: No seas tonto, dame un beso.

No se sabe ni sería fácil averiguar si Emirene acercó mas su megilla, ó si don Juan adelantó su boca; lo que si puedo asegurarse es, que sus labios se tocaron, y que las hojas se estremecieron, y rizaron las aguas su cristal al amoroso estallido; pues así se lo oí contar en *Neembucú* (1) á un *chingolo* (2) que estaba allí cerca, oculto en el espeso follaje de un naranjero.

En la gruta verificóse probablemente una segunda, ó mas bien quincuagésima edición de la escena de la sala.

El dominio que ejercía aquella muger en el alma de don Juan escende á toda ponderación. Su carácter de hierro se quebrantaba ante una mirada suya; tenia que violentarse para no estarla importunando á cada instante con sus caricias: bajaba y subía veinte veces del despacho á la sala y de la sala al despacho, nada mas que para tener el gusto de mirarla, pasar la mano por sus sedosos cabellos, hablar algunas palabras, y proponerle una misma cosa; el paseo, el teatro, el baile, la tertulia de costumbre. Tan pronto la decia un requiebro como tomaba su mano, ó la robaba un beso, que ella se empeñaba en negarle, esquivando la cabeza á un lado y otro, solo para que la diese veinte en vez de uno.... costumbre muy antigua en la gente que gasta faldas.

Como se le ocurrian ideas tan peregrinas, dió en el capricho de proponer á su marido ciertas cláusulas, que él aceptó, quedando ella plenamente autorizada para imponerle las multas que quisiera, desde un duro hasta cien, con el objeto de que aprendiese á tener juicio, segun se explicaba la muy tirana.

Era una comedia: á cada momento sacaba Emirene una carterita que llevaba siempre al efecto, y echaba tres ó cuatro rayas en las casillas que tenia marcadas para cada falta. En menos de dos meses le debia don Juan 23,543 duros.

—Si le decia, al entrar en su habitación por la mañana, hoy me pareces mas bonita que ayer....

—Requiebro fuera de lugar, contestaba echando mano á la cartera.

—Te digo la verdad: hoy tienes mejores colores que ayer.... mirate al espejo.

—Idem, idem, repetía ella esgrimiendo el fatal lápiz.

Si la tomaba del brazo para obligarla á que se mirase al espejo:

—¡Apregon! cuatro, no hay remedio.

Si temiendo causarla dolor soltaba el brazo y la tomaba de la cintura:

—Abrazo con circunstancias agravantes: veinte.

Entonces don Juan, viendo que no queria oírle, arrebatábale la cartera y la abrazaba de veras....

—Abuso de autoridad,—replicaba ella en cuanto se veía libre;—¡cien duros! así escarmentarás.

—¿Cuánto te debo? le preguntaba él todas las noches.

—Ayer eran 23,208, hoy ya suben á 23,300 y pico.

—Mira, hija, guárdate el pico, decia él tirándole en la falda un *cuartillo* de plata;—ya está cancelada nuestra cuenta. No quiero ladrones en casa, coge un trabuco y vete á robar á la sierra.

—Y gracias que no te pongo en cuenta las partidas sueltas que, sin salir de las bases de nuestra convención, tampoco están comprendidas en ella.

—¡Eso faltaba!

—Digo, en rigor de justicia.

—Te confieso que he andado medio mundo, y en ninguna parte he visto un saqueo tan escandaloso, un descalo igual, un modo de esquilmar el prójimo con tanta impavidez é inhumanidad.

—Lo bueno siempre cuesta caro.

—¿Sabes que es preciso ser emperador, ó rey por lo menos, para poder vivir á tu lado?

—¿Recien ahora caes en eso?

—Ahora.

—¡Ay qué gracia! si eso lo he oído desde que ma-

maba.

—¿En qué estaria yo pensando cuando me casé contigo?

—Probablemente estarias loco ó borracho.

—Si pudiéramos descasarnos....

—Eso es muy facil: te vas á Roma, te presentas al papa, y obtienes de Su Santidad que nos divorcie.

—Pero las incomodidades del viage, el riesgo de atravesar la mar, el fastidio de los pasos que hay que dar....

—¡Tienes razon!... hagamos otra cosa; vivamos independientes, y que cada uno tire por su lado, y se arregle como Dios le ayude.

—¡Oh! ¡qué idea tan divina! exclamaba don Juan frotándose las manos de gozo; ¡acepto!....

—Pues empieza desde esta noche,—contestaba Emirene, tocando la campanilla, dirigiéndose á la alcoba y poniéndose á toda prisa un chal ó un velo.

—¡Que preparen el coche! decia el criado que se presentaba.

—¡Y qué! ¿no vas ya al teatro? le preguntaba el tonto de su marido, creyendo en efecto que hablaba de veras, y que iba á salir sola.

—Esta noche pienso dormir fuera, y bien podia usted escusar preguntas inútiles y tutearme, cuando de

(1) Ciudad del Paraguay.

(2) Especie de gorrion—bastante f.i.o.

(1) Estrategia de las mugeres de talento (13).

hecho, nada tiene ya que ver el uno con el otro, contestaba ella muy seria.

—*Uté pelone siñola*,—replicaba don Juan, ahuecando la voz, imitando perfectamente el gracioso acento de los negros bozales, cuadrándose y haciéndole una profunda reverencia y una ridícula mueca cada vez que pronunciaba la palabra *vd.*;—*Oh! ¡Yesú Malia putísima! suté tu mandó si lalá comuté lu quiela; puté sabe qui cun tulo siempre li plecia auté; é mi má glande guto é acé tulo qui guta á uté; é uté lebe etá creila, que mi caliño puruté nace di la sua güena cualirare duté, pucuté.....* (1)

La actitud, la naturalidad de los gestos, ademanes, y sobre todo, el tonillo nasal y chapurrado con que se expresaba, eran tan graciosos que provocaban la hilaridad del hombre mas taciturno, hasta de aquel célebre misántropo, que teniendo una higuera en su campo, hizo anunciar que el que quisiese ahorcarse en ella lo hiciese pronto porque pensaba derribarla. En cuanto empezaba don Juan á hablar en negro, retozábale la risa en los labios á Emirene, y por mas esfuerzos que hacia para no estallar, volviendo los ojos á otra parte y apretando la boca, al fin se le escapaba una risotada, y se dejaba caer en sus brazos ó en una silla, riendo *excessively and loudly* como dicen los ingleses, á *gorge deployée* segun los franceses, hasta desternillarse ó *descostillarse* como decimos nosotros; pues estas tres frases necesito para dar una idea de su risa violenta, desatada, estrepitosa, sofocante, inacabable....

He dicho que todos los sábados á la tarde salían de Lima para ir á pasar el domingo con don Enrique y su hermana. Allí tenían lugar otras escenas no menos interesantes. Por la mañana se levantaban con el sol é iban á pasear por la quinta. La vez primera llevaba don Juan su escopeta debajo del brazo, vió dos tórtolas en un álamo y les apuntó; Enirene cogió un guijarro y las espantó, diciéndole en tono de súplica y reconvencción:

—¡Pobres avecillas! ¡tanto como se quieren y matarlas! ¿serás bastante bueno para hacerme el favor de no cazar el rato que estemos juntos?...

—En todo el día, si quieres, contestóle su esposo con afabilidad, disparando al aire su escopeta.

—No: no quiero que te prives de una diversion que sé te agrada mucho....

—¡Qué! me entretiene.... mas no es cosa....

—Tal vez creerás que es *monería*, como dice mi padre, pero no puedo remediarlo: la vista de la sangre, aunque sea de un animal, me causa un estremecimiento involuntario y una sensacion muy penosa. Luego, les tengo cariño á las aves por las cualidades que las distinguen; con que así, vida mia, no estrañes mi capricho....

—Supongo, querida, que no habrás olvidado lo que te he encargado?

—¿Que te manifieste con franqueza mi deseo?...

—Para complacerte en el acto, si está en mi mano.

—Y por eso abuso de tu bondad.

—Al contrario, me proporcionas el placer de darte una prueba mas de mi cariño. No volveré á cazar en toda mi vida.

—¡Ah! no es eso lo que quiero.... exclamó Emirene con viveza y asombrada del imperio que ejercía sobre él, y de la facilidad con que á la menor insinuación se empeñaba en obligarla mucho mas allá de sus deseos; yo no quiero ni puedo querer nunca que me sacrifiques tus gustos é inclinaciones; y mucho menos que sofiques tu voluntad hasta el extremo de no tener otra que la mia.

Dos lágrimas enturbiaron su límpida mirada, y su mano apretó con efusión la de don Juan, que observaba embelesado cuan pronto encontraba eco en su pecho cualquier sentimiento generoso, y la gratitud con que galardónaba los sacrificios que gustosamente se imponía por verla feliz.

Por la tarde, despues de comer, se iban los dos solos á pasearse por la quinta y sus alrededores. Caminaban con lento paso, y á intervalos breves se detenían para contemplar un arbusto, una flor, un pájaro, ó una mariposa que revolaba inquieta en torno de alguna planta aromática. Estaban solos y conversaban en voz baja, cual si temiesen que algun profano escuchase las tiernas efusiones de su amante corazón.

Llegaban á la margen del río, brazo del Rimac, que serpenteaba por entre juncos y cañaverales, y sentados en la verde alfombra, apoyando Emirene la cabeza en el hombro de don Juan, al dulce murmullo de las aguas, cerraba lánguidamente los ojos, y respondía con monosílabos á las cariñosas expresiones que la dirigía su esposo, hollando con su enano pie las amapolas y flores silvestres que se alzaban en derredor, y que tristes al despedirse el astro rey, parecían inclinarse llorando su partida.... y cuando empezaba á menguar la luz, y el crepúsculo amagaba estender su gasa de sombras por el Occidente, trepaban á la cumbre de la montaña inmediata, para ver el gran lumínar, recoger sus destellos y morir (2).

Al llegar á la cima paseaban la vista de Norte á Sud; de Oriente á Ocaso, admirando el paisaje encantador que se desenvolvía á sus pies. Cada uno hacia notar al otro algo que no habia reparado. Luego permanecían los dos en silencio, escuchando el tierno arru-

(1) *Vd.* perdona, señora: vágame Dios y la Virgen. Si *vd.* lo manda se hará como *vd.* lo quiera; pues *vd.* sabe que siempre, á pesar de todo, aprecio á *vd.*, y mi mas vivo anhelo es complacer á *vd.*; y *vd.* debe estar persuadida que mi cariño hacia *vd.* nace de las buenas cualidades de *vd.*; porque *vd.*...

(2) Bermudez de Castro. Ensayos poéticos.

llo de la tórtola, mezclado al gemido de las hojas agitadas por el viento de la tarde. Entonces se miraban con dulce melancolía, sus manos se buscaban involuntariamente; latía su pecho apresurado; clavaba don Juan sus ojos en los de su amada, y se inclinaba lentamente hasta tocar con sus labios los labios ardorosos de Emirene, cuyas blancas megillas se animaban con un vivo encarnado, semejante al que ostenta el capullo de la rosa cuando tiembla al primer beso del enamorado sol....

En aquel momento figurábase el venturoso amante que todo el universo estaba reconcentrado en ellos, y que su espíritu sin lazos terrenales habitaba las bellísimas regiones del Criador.

¡Vosotros, seres dichosos, de alma de barro y corazones de mármol, los que no habeis amado ni sentido jamás arder la llama de un sentimiento capaz de elevaros una pulgada del lodo en que os arrastraís.... no leáis estos renglones; no están escritos para vosotros.... para comprenderlos es preciso tener fuego en el alma, ilusiones en la mente, delirios en el corazón; mientras que por vuestras venas no corre sino hielo que se comunica á todo cuanto tocaís!...

Renuncio á pintar todos los animados lances, todos los solaces de los dos esposos en las primeras semanas de su himeneo. Llegaría al fin de los cinco tomos prometidos, sin agotar tan fértil y rica mina. En esa época feliz de tiernas puerilidades, confianza, abandono, irreflexión, vértigo y locura, los mas pequeños incidentes bastan para promover la jovialidad, y con ella la mas completa dicha; y cuando se reúne la pasión de don Juan con la belleza, la travesura y coquetería de Emirene, se deslizan los días en un éxtasis, en una embriaguez continua, que no nos permite vivir sino por amar y gozar. Parecemos que formamos un mundo aparte, ocupados por nosotros y el ángel que amamos: á su lado desbórdase la existencia, y late el corazón como si no cupiese dentro del pecho....

Felices los que pasada esa fiebre momentánea, que no puede durar mucho,

Porque nunca pudo resistir el alma

Ni continuo anhelo ni continua calma,

Ni quebranto eterno ni eterno placer;

Y se exhalaría el aura vital que nos alienta, si se prolongase mas allá de lo que alcanza nuestra frágil naturaleza; ¡felices los que salen victoriosos de esta prueba, y sienten luego por la muger que les pertenece, con la que han de vivir hasta que la muerte los separe, el mismo aprecio y vehemente afecto!...

A fin de que Emirene tuviese un local á propósito para entregarse á sus inclinaciones favoritas de la pintura, música y lectura, mandó construir don Juan en el extremo del jardín un soberbio pabellón, en el que invirtió sumas inmensas, adornándole con toda la pompa y lujo imaginables. No hago aquí su descripción, porque ahora me alejaria demasiado de mi relato, y merece que le consagremos un capítulo aparte. Y si he de hablaros con franqueza, deseo salir cuanto antes del resbaladizo terreno en que me encuentro. *Incedo per ignes*, lectores, y aunque arrojo continuas rayas sobre muchos períodos, aunque leo y releo, contra mi costumbre, lo que llevo escrito, temeroso de que se me escape alguna especie que escandalice á alguna inocente y púdica doncella de medio siglo, ó á algun casto y cándido é inmaculado doncello, flagelo de los esposos y espanto de las madres de familia; aunque opino que nada hay ni puede haber de inmoral en el excesivo cariño de dos esposos, porque el santo lazo lo santifica todo; y porque, en fin, esto entra como elemento indispensable en la economía de mi obra, y me importa marcar con rasgos especiales, característicos, la loca pasión de don Juan y el carácter travieso y original de su consorte: á pesar de todo eso, estoy inquieto y desazonado, me paso frecuentemente la mano por la desgredada melena, me muerdo las uñas, y me agito en el sillón como si estuviese sentado en un hormiguero....

La angustia me hace sudar (4).

me zumban los oídos, y poco me falta para desmayarme, luchando con la necesidad de poner rienda á las risueñas imágenes que me bullen en la mente, y el sincero deseo de presentarlas en el lenguaje pálido y descolorido, sin relieve ni espresion, que exige cierta clase de lectores, que no se escandalizan de ver en el teatro ó en una novela francesa, el libertinage, el incesto y el adulterio, y se indignan de que un marido, cumpliendo con los preceptos de la santa madre iglesia, acaricie, bese y abraze á su muger; solo porque los primeros no hablan nunca de besos ni de abrazos, aunque hacen otras cosas peores, y los segundos se espresan sin rodeos y disponen de lo suyo. ¡Envidia y nada mas!

Pasad, hipócritas estúpidos, me dais risa y compasión, ¡pasad! Si tuviera el poder de Dios os grabaría en la frente este parado de Moliere:

Le scandale du monde est en ce qui l' offense

Et ce n' est pas pécher que pécher en silence (1).

Pasad modernos Tartufos, si trato de contemporizar con vosotros, no es porque me asusten vuestros ahullidos, sino el coro atronador de los infinitos necios, que cual relojes de repetición, responden al eco de vuestra voz.

(1) Ribot y Fontseré.—Igualdad ante la ley de Dios.

(2) «El escándalo consiste En ser torpe é indiscreto, Y no es pecado el pecado Si se comete en secreto.»

CAPITULO VIII.

Rosas y espinas.

A los dos meses de matrimonio Emirene sintió que iba á ser madre, y el día que don Juan lo supo, fué acaso el mas bello de su vida.

Era una hermosa tarde de verano, y habian bajado al jardín despues de comer; la jóven desposada estaba mas risueña y él mas sério que de costumbre; propúsole ella varias adivinanzas que el hidalgo, por torpeza ó poca voluntad, no supo descifrar.

—Vamos,—esclamó su mitad, pasándole por entre los labios un ramito de violetas que llevaba en la mano;—veo que hoy tienes el entendimiento muy romo. Me parece que te preocupa alguna idea penosa....

—Si; contestó don Juan, se han presentado en la costa del Pacífico ocho corsarios, y corren rumores que han apresado varios buques. Será un milagro que entre ellos no hayan capturado la expedición que despaché hace tres días para España.

—¿Y cuánto valdrá eso?

—Nada... un millón y medio de duros.

—Ya suponía que sería cosa de consideración, cuando piensas en ella; pero....

Y se detuvo Emirene como temiendo desagradarle con alguna pregunta indiscreta.

—¿Pero qué?

—¿Te acarrearía un perjuicio muy grande el perder esa suma?

—Alguno; pero no irremediable, dijo don Juan, y dando á su rostro una espresion halagüeña, para disipar la nube de tristeza que se difundió al punto en el de su esposa, añadió:

—Aunque perdiésemos tres veces esa cantidad, todavía nuestra fortuna sería la primera del Perú, todavía tendríamos un capital de veinte millones de pesos fuertes.

—No ha de querer Dios que salgan ciertos tus presagios: mi corazón, que nunca me engaña, me lo dice. Al fin no son mas que rumores.

—Rumores que tienen muchos visos de verdad.

—Vamos, te voy á dar una buena noticia por si puedes contribuir en algo á volverte tu alegría acostumbrada.

Imaginóse el comerciante que trataba de hacerle reír con alguna travesura, y como no estaba para bromas, movió los labios con desden, lanzando un pst casi imperceptible.

—¡Pues ya que lo tomas con tanta indiferencia, no te la diré, ingrato!

A la palabra *ingrato* acompañó una mirada que significaba algo, porque la fisonomía del hidalgo se animó de repente: levantóse del banco en que se hallaba sentado, y díjola con calor:

—Vamos, habla.

Parecióle á Emirene que no habia escitado bastante su curiosidad, y le contestó con muy buen modo:

—Ya no quiero.

—¿Porqué?

—Porque sí....

—Quedo enterado: es una razon que convence á cualquiera.

—Eres un ingrato....

—Vamos, veo que te has incomodado porque no te presté atención. ¿Qué quieres, hija? á veces es imposible librarse de las ideas desagradables que nos asaltan.

—¡No hacerme caso!....

—Perdóname, si te he ofendido ha sido involuntariamente.

Hubo un momento de pausa: don Juan fijó los ojos en el suelo, y se cruzó las manos tras de la espalda, señal infalible de que no se acordaba ya de la expedición, y que el secreto de su esposa le preocupaba únicamente. Hé aquí lo que ella deseaba.

Entonces Emirene le rogó que volviese á sentarse, tomóle la mano, y sin levantar la vista añadió:

—¿No me dices todos los días que darías la mitad de tu fortuna por tener un hijo?...

—¡Ah!.... y esa esperanza.... exclamó don Juan con alborozo y agradable sorpresa.

—Se vá pronto á realizar, repuso Emirene, mirándole con ternura mezclada de rubor y orgullo.

—¿De veras?... ¿no me engañas?...

—He esperado algunas semanas antes de decírtelo... y habria esperado á que tú mismo lo notaras.... si la desgracia que te amenaza y el deseo de mitigar hasta cierto punto el pesar que podría ocasionarte, no me hubieran prestado valor para quebrantar mi propósito.

Abrazóla don Juan llorando de alegría; en aquel momento parecióle mas hermosa que nunca.

—¡Ah, luz de mis ojos! le decía, tenias razon de llamarme ingrato. ¡Y yo tan torpe que no caía! debia haberlo adivinado á la primera palabra.... pero quién habia de sospechar, cuando ayer mismo ¿te acuerdas? hablando de esto te empeñabas, traidora, en probarme que ni esperanza debia abrigar de ver realizado lo que será el complemento de mi felicidad.... lo único que me falta para que mi vida sea un paraíso en la tierra.

—Estoy cierta que hubiera sido mas grande tu gozo, si lo hubieses sabido cuando pruebas inequívocas te lo revelasen. No obstante que....

El diálogo continuó, pero no ha llegado á mi conocimiento.

(1) Problemas matemáticos (14).

cimiento el resto, ni consta en las actas capitulares que tengo á la vista, ni en los infinitos papeles sobre América que se hallan en el archivo de Simancas, y que he registrado uno por uno con nimia escrupulosidad, deseoso de aclarar este punto. Y como no es posible falsear la historia, ni dar gato por liebre al respetable público, prefiero dejarle trunco á sustituir frases de mi propia cosecha.

Desde aquel día el futuro infante fué el tema obligado de todas las conversaciones: á todo y para todo salía la pobre criatura, que aun no habia nacido, y ya sus padres le suponían á medida de su deseo, hermoso, robusto, bueno, con talento, etc., y hasta pensaban en darle carrera y lo demás que es consiguiente.

—Será un niño y muy bonito, decía don Juan.
—Será niña, respondía la madre.
—De todos modos heredarás tu belleza.
—Y tu bondad.
—Y tu talento.
—Y la nobleza de tu alma.

—Si es varón será militar, y haremos que obtenga el grado de coronel á los veinte años.

—No, no quiero que sea militar.

—¿Pues qué ha de ser?

—Abogado.

—¡Eh! esa gente no me agrada, ¡son tan pedantes, tan charlatanes!

—¿Qué estás hablando, hombre? Si es la carrera mas honrosa y de mas prestigio.

—Segun y conforme.

—Figúrate á tu hijo presidente, fiscal ú oidor de la audiencia de Lima.

—¡Tú te empeñas....

—Sí: que sea abogado.

—Pues que sea abogado.

—En cuanto cumpla quince años le enviaremos á viajar por Europa con un sugeto de instruccion y reconocida moralidad.

—Antes hará aquí buenos estudios preparatorios á mi vista; ya es preciso pensar en escribir á España para proporcionarle maestros.

—Yo quiero enseñarle á leer y la doctrina.

—Conmigo aprenderá partida doble.

—Si no ha de ser comerciante, ¿para qué?

—Conviene que sepa bien las cuentas para saber manejar sus inmensos caudales.

—Yo le daré lecciones de italiano, francés, inglés y dibujo.

—Veo que le vas á agobiar de trabajo, y....

—Déjame á mí, que yo me entiendo.

—No conviene recargar demasiado la tierna inteligencia de las criaturas, porque toman aversión al estudio y se enferman.

—Tengamos la fiesta en paz, el niño aprenderá lo que deba aprender.

—Siento tener que contradecirte; pero permíteme que te advierta que no puedo consentir en manera alguna, que quieras hacer con mi hijo lo que ha hecho contigo tu tía.

—¿Y qué ha hecho conmigo mi tía?...

—Nada.

—Contéstame, ¿qué ha hecho conmigo mi tía?...

La discusión pacífica y tranquila hasta entonces, iba tomando un sesgo fatal, y sin duda habrían tenido la primera reyerta, si felizmente don Juan no se hubiese apercibido del vivo encarnado que coloreaba las mejillas de su esposa, y tomando su enojo por el lado de la broma, no hubiera soltado una carcajada, diciendo:

—¿Pero no te parece, querida mía, que somos unos locos en disputar sobre la educación de un niño, que todavía no ha nacido, y que sabe Dios, dado el caso que nazca, si llegará á la edad de poder aprender lo que deseamos enseñarle?

Esta sencilla reflexión desarmó á Emirene, que no pudo menos de reírse, y convenir con él en que era un desatino acalorarse por una cosa tan contingente é incierta.

Don Juan redobló sus atenciones y cuidados, á medida que se acercaba el plazo tan deseado. Si Emirene no hubiese tenido tantas pruebas de su cariño sin límites, aquella tierna solicitud y amoroso desvelo se lo habrían patentizado. Nunca muger alguna fué amada con mas pasión.

Las que se encuentran en ese estado suelen verse dominadas por extrañas y lúgubres ideas. A Emirene se le puso en la cabeza en los últimos meses, que la iba á suceder lo que á su madre; habia oído contar mil veces su desgraciado fin, y aquel fatal pensamiento se despertó en su memoria, tal vez en el instante que sintió por vez primera agitarse en sus entrañas un ser desconocido; y brotando adherido al sentimiento inefable de la maternidad, el recuerdo de la que le dió el ser vino á arrancarle una lágrima; ó acaso cuando el malestar y los padecimientos que son consiguientes, le enseñaron por experiencia lo que le debía; porque solo cuando tienen hijos, saben los hijos lo que han costado á sus padres, y sobre todo, á sus pobres madres.

Desde que notó su melancolía, don Juan no omitió medio ni diligencia para que recobrase su perdida alegría. Aunque faltaban cuatro meses para el parto, se empeñó con su suegro para que se viniese á la ciudad y trajese á su hermana. Abandonó sus negocios y la dirección de su casa en manos del cajero; cuando se ocurría algun asunto muy importante, trabajaba de noche mientras Emirene dormía, y el sol le encontró muchas veces con la pluma en la mano. Reconcentró todo su pensamiento en distraerla, en proporcionarle diversiones, en procurar que si se moría, llevase á la tumba el convencimiento de que si no habia sido feliz, no tenia él la culpa. Por la mañana la llevaba afuera de la ciudad á tomar leche á los *tambos* (1); á medio día á las tiendas, á la tarde al paseo, y de noche al teatro ó á casa de alguna amiga de confianza donde hubiese poca gente. Si se sentía indisputada y no queria salir, cogía un libro y se ponía á leerse en los parages que ella le indicaba. De cuando en cuando pasaba un volúmen en francés ó inglés á la literata, y esta lo traducía á medida que iba leyendo. Si la lectura no le agradaba, jugaban al agridrez, hacíale pruebas con las cartas, le decía la buena ventura, contábale sus viajes y lo que habia visto en las distintas provincias americanas que recorriera, desde el cabo de Santa María hasta Chile, desde las costas del Pacífico hasta el Norte de Méjico; traía algun *cantor* (2) ó algun indio jugador de manos, ó se iba á casa de sus relaciones y se venía con ocho ó diez señoras, á las que con sus gracias y bromas, obligaba á acompañarle, prometiéndoles magníficos bailes en cuanto se restableciera su esposa....

Mas de una vez don Enrique y su hermana, conmovidos por el interés é incansable desvelo con que se afanaba por proporcionarle media hora de diversion, decían á Emirene:

—¿Cuánto te quiere! ¡qué amor! ¡qué delicadeza!... siempre es lo mismo?

—¡Siempre! respondía ella, orgullosa de poseer aquel fénix de los maridos, y sintiendo entonces no poder vivir mas, para pagarle la deuda inmensa de gratitud y amor que le debía.

A veces tras una larga noche de vigilia, pasada en leer las numerosas cartas de sus correspondientes y tomar apuntes para mandar que les contestasen y se practicase lo que fuese mas conveniente, sacrificio á que se sujetaba por su buen nombre y los compromisos anteriores que mediaban, en vez de acostarse aprovechaba la mañana en impartir sus órdenes, para no tener en qué pensar en el resto del día, y poder consagrarse á su esposa. Entraba en su cuarto cuando suponía que estaría levantada, y la primera cosa que esta le decía, despues del abrazo de costumbre, era:

—Ayer no has dormido....

—Te engañas como un lirón!

—¡Embustero!... si se te conoce... tienes ojeras y quebrantada la fisonomía.

—¿Si? pues será que me habrán llevado los duendes dando tumbos por el espacio....

—¿Por qué me ocultas la verdad?....

—Hablo formal.

—Serás sonámbulo, replicaba ella con afectada naturalidad, porque te he sentido abrir la puerta que da al corredor.

Conviene advertir que Emirene y don Juan dormían en piezas distintas, y me conviene advertirlo para la mas perfecta inteligencia de lo que voy contando y de los sucesos que narraré mas adelante: una puerta vidriera con impenetrables cortinas separaba sus dos alcobas. Verdad es que no tenia llave ni tranca, pero al fin habia una puerta de por medio.

Nadie ignora que esta es la costumbre entre la gente del buen tono; costumbre, —que sea dicho de paso y sin ofender á los que no la tengan,—me parece muy buena, pues he oído asegurar á personas inteligentes en el ramo que conviene siempre que haya un poco de distancia y reserva entre dos esposos por mucho que se quieran. Y se valen para probarlo de una copla vulgar, que si mal no recuerdo, empieza así:

«La distancia es como el aire,
Que apaga el fuego corto,
Y enciende el grande.»

Don Juan hubiera de buena gana renunciado á la moda, pero á su mitad no le agradaba como buena coqueta, que la viese por la mañana, tras una mala noche, despeinada, pálida y tal vez fea. Quería parecerle siempre linda, rozagante, limpia como un oro, bien puesta, aunque fuese con una bata ó un *deshabillé*. Así se lo aconsejaba su vanidad, ó acaso un vago presentimiento, de que, siendo la ilusión una flor tan delicada que al menor soplo se marchita y deshoja, nunca son estremos los cuidados que se pongan para que no pierda su frescor y lozanía, ya que es imposible conservarla siempre en su primitiva esplendidez y hermosura. Muchas mugeres con verdadero mérito son desgraciadas, pierden el cariño de sus maridos, por no tener presente esta circunstancia.

Cualquier que fuese el origen del capricho de Emirene, don Juan no lo escudriñaba, y dándose por desentendido se lo agradecía en el alma, porque solo veía en él un laudable deseo de proporcionarle nuevos gozos y satisfacciones. Y por una especie de convenio tácito, por esa delicadeza de proceder, por esa prevision que solo tienen los que quisieran adivinar los pensamientos del ser que aman, para realizarlos antes que los espresase, jamás entraba en su alcoba ó en su tocador si encontraba la puerta cerrada; que buen cuidado tenia ella de dejarla abierta, cuando se miraba al espejo antes de levantarse y quedaba satisfecha de su palmito: lo que acontecia por lo regular, pues nunca está mas bella una hermosa, que despues de un sueño sosegado; no interrumpido por las picaduras de los mosquitos ó de otras alimañas de seis y de dos pies, que

(1) Chozas á los alrededores de las poblaciones, donde tienen vacas lecheras que se ordeñan á la vista, y cuando les place a los consumidores.

(2) Especie de improvisador indigena.

suelen importunarlas de preferencia; por no tener la sangre mas dulce que nosotros, segun afirma el sábio farmacéutico alemán Micomicón en su famosa disertacion sobre el cloruro aplicado á los callos. Entonces se dejaba estar en la cama y esperaba un rato; si don Juan tardaba, enviábale al despacho un recado ininteligible con su plenipotenciario, que era una ne-grilla conga de diez años que hablaba muy de priesa.

No pudiendo don Juan entenderla, acompañado de ella se dirigía á las habitaciones de su esposa.

—¿Me harás el favor de explicarme, preguntaba á Emirene, previo el abrazo de costumbre, el recado que me has mandado con tu *valet de chambre*?

Así llamaba ella á la africana.

—¿Pues qué te ha dicho?

—Que dejase el badajo y te mandase una aleta.

—¡Ah! bestia, añadia la muy embrollona riéndose á carcajadas; si le he dicho que dejases el trabajo y me mandases una violeta. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

La negra refunfuñaba, pero no se atrevía á desmentirla; don Juan la miraba y trataba en vano de conservar su gravedad; la risa se le escapaba á su pesar.

Luego decía á Emirene:

—Hoy darías envidia á la aurora; ó no vayas al jardín, porque las rosas se esconderán avergonzadas.

O bien.

—¿Con qué agua encantada te has lavado que tienes tan sonrosadas las mejillas, tan frescos los labios, tan vivaces los ojos?...

Ella se sonreía y le decía cuatro palabras al oído que no han llegado á mi noticia, pero que indudablemente debían encerrar alguna alusion personal, porque don Juan ponía muy mala cara y rebatía con calor no sé que inculpaciones poco parlamentarias, envueltas en las cuatro misteriosas palabritas....

Volviendo á tomar el hilo del interrumpido diálogo en que Emirene se quejaba de que la ocultaba la verdad, porque habia sentido abrir la puerta del corredor, trató él de convencerla de que habria soñado probablemente, á lo que ella contestó:

—¿Y si te digo que he estado en tu cuarto?

—Bien pudo ser, pero nada verías porque estaba á oscuras.

—¿Y si te añado que he llevado luz para desengañarme?

Entonces tuvo que cantar de plano y confesar lo que deseaba ocultarle para que no volviese á rogarle por la milésima vez, en medio de las vivas espresiones de su gratitud que no descuidase por ella sus negocios é imprescindibles atenciones, y que no arruinase su salud, trabajando en las altas horas de la noche, y privándose del sueño al día siguiente.

—Hoy no iré á ninguna parte, añadia, quiero que duermas....

—¡Bah! ¿y qué ha hecho en toda la mañana?

Pues prométeme que no lo volverás á hacer.

—Te lo prometo.

—Y que cuando tengas alguna ocupacion indispensable me dejarás ir sola, y que trabajarás á las horas de costumbre.

Don Juan la prometía cuanto le suplicaba, reservándose *in pectore* el derecho de reincidir á los cuatro ó cinco días.

Por mas precauciones que tomaba, Emirene lo sabia, y viendo ella que eran inútiles sus ruegos y amonestaciones, resolvió callar para evitarle así el disgusto de creer tal vez, que no estimaba como debia los continuos sacrificios á que se sujetaba gustoso, por hacerla menos pesado y enojoso el tiempo.

Pero apenas conocia en sus facciones demudadas que habia pasado la noche en vela, al volver del segundo paseo, recostábase en el sofá, cerraba los ojos y fingía entregarse al sueño. A poco don Juan, postrado por la laxitud de la vigilia y el trabajo, apoyaba la cabeza en un lado del sillón y se quedaba profundamente dormido. Entonces Emirene, sin variar de posicion para que no se despertase, se ponía á contemplarle, y dulces lágrimas silenciosas de agradecimiento y ternura surcaban lentamente sus mejillas. El rostro del castellano nada tenia de hermoso, y sin embargo le encontraba lleno de gracia y nobleza. Preguntábase qué habia hecho ella para que la amase tanto; recordaba las reiteradas pruebas y la inmensidad de su cariño; la avidez con que aprovechaba cualquier ocasion de, probarla que ella sola era su única felicidad en la tierra; y en el entusiasmo de su gratitud, solo pedía á Dios que su hijo viviese y heredase sus cualidades morales y la belleza de ella, lo primero para orgullo y satisfaccion de su padre, y lo segundo para orgullo y satisfaccion de su madre, que le amaría doblemente al ver reproducidas en sus facciones infantiles las de la muger que tanto habia querido; porque la idea de su próximo fin no la abandonaba un instante.

Felizmente sus tristes presentimientos no se realizaron: aunque laborioso, su parto fué feliz. Dió á luz un robusto niño, hermoso como un sol, y á los pocos dias estuvo completamente restablecida.

Don Juan concedió la libertad á cien esclavos el mismo día que su hijo cumplió un año. Así lo habia prometido antes de nacer.

Restablecida Emirene, recobró su jovialidad y antigua alegría, y á instancias de su esposo solo pensó en divertirse.

Don Enrique y su hermana se volvieron á la casa de campo.

Cinco meses trascurrieron sin que ninguna nube empañase el claro cielo de la envidiable existencia de don Juan.

Desde el nacimiento de Ramiro, nombre que su madre se empeñó en ponerle prefiriéndole al de Angel que su esposo le proponía, se consideraba él, como realmente lo era, el hombre mas dichoso de la tierra; pero como en este pícaro mundo no hay felicidad completa, al cabo de los cinco meses referidos la cruel pasión de los celos empezó á atormentarle.

Y este sentimiento era tanto mas vehemente, cuanto quiso y consiguió desde un principio esconderle en lo mas hondo del pecho. Temia hacerse odioso y así vivió mas de un año.

Yo creo que es imposible amar de veras sin tener celos á veces por mas aprecio y confianza que se tenga en la persona que los inspira. Desgraciadamente Emirene no era muy á propósito para curar á nadie de esta enfermedad. Fuese efecto de su inesperienza ó coquetería, ello es que siempre, en bailes y paseos, tenía á su alrededor cuatro ó seis almirados fatuos. Reía con ellos, dejaba caer el abanico, el pañuelo ó un guante; les ofrecía su casa, ponderaba á su marido las recomendables circunstancias que adornaban á cada uno, y otras frioleras por el estilo.

Don Juan la amaba demasiado, ó conocía demasiado el corazón humano, para juzgar por las apariencias y obligarla por espíritu de contradicción, á hacer lo que probablemente no harían nunca muchas mugeres si las dejasen seguir sus caprichos y fantasías, y satisfacer, sin pasar de las vallas del decoro, esa sed de homenajes y adoraciones, inherente á su débil naturaleza tan sensible como tierna.

Prescindiendo de su promesa, creía el noble hidalgo que antes de dirgila ningún reproche, debía observarla con cuidado y cerciorarse si los merecía: pues si era culpable, no era digna que se tomase tantas penas por ella, ni por saber un secreto, que habia de labrar su eterna desgracia y descubrirse mas tarde ó mas temprano; al paso que si era inocente, como la voz de su corazón se lo anunciaba, le hacia una injuria atroz, la predisponia al mal, solo con darle á entender, no siendo criminal ni pensando tal vez en serlo, que sospechaba de su virtud.

—¡No! exclamaba el buen castellano, cuando la veía algunas tardes, pensativa y silenciosa, apoyarse en las rejas de su balcón, con un libro en la mano y sin querer ir, como los demás días, á la Alameda ó al paseo de las *Amancas*: —no, ¿qué extraño es que prefiera la lectura, su inclinación favorita, á venir á dar dos ó tres vueltas conmigo, por un parage que está cansado de ver? los celos me ciegan, esto no tiene nada de particular. ¿Quién ha de venir de visita á esta hora? vamos, mi ruin pasión me hace ver lo que no existe; y como estoy predispuesto contra ella, interpreto mal hasta sus acciones mas inocentes...

Y subía al coche sin mirarla, para no arrepentirse y ya no salir, tratando de serenarse y disipar los rabiosos celos que le despedazaban el alma.

Volvía para acompañarla al teatro, y la encontraba unas veces tierna, amable, complaciente, otras triste y meditabunda. Acostumbrado á las desigualdades de su genio no lo extrañaba; pero su desconfianza volvía á renacer.

Una circunstancia, no obstante, contribuía á volverle la calma, mas que todas las reflexiones y silogismos que su honradez y buenos deseos le inspiraban. Emirene no distinguía á ninguno de los que la visitaban: con todos era amable y cariñosa; de todos decía lo mismo, ninguno, al parecer, ocupaba un lugar preferente en su corazón.

Algunas veces pasaba en revista á todas sus relaciones, y ¡oh fragilidad de los juicios humanos! ¡oh estrella de los celosos! de todos desconfiaba, menos del verdadero culpable; ó por mejor decir, del que estaba mas cerca y tenía mas probabilidades de mancillar impunemente su honor.

Era este un joven caraqueño, llamado don Eduardo Tedarra, marqués de Araure, hijo de un noble propietario de Barinas, á quien profesaba don Juan un afecto paternal, gracias á la amistad y protección que le habia dispensado su padre cuando era un infeliz dependiente, y ni esperanza tenía de llegar á ser lo que despues fué.

No me es posible ocuparme ahora de este personaje, necesito todo un capítulo para darle á conocer, y fuera por otra parte una grosería imperdonable, colocar á todo un Excmo. señor marqués á retaguardia, como quien dice al fin de la oración. Nada, capítulo aparte, no quiero tener un desafío y morir de miedo antes que me maten. ¡Buen chico es el señor de Araure para gastar bromas con él! Allí lo veredes.

Bástenos saber que don Juan no tenía la menor sospecha de él, mientras sin razon las abrigaba vehementísimas de un joven poeta, á quien llamaban don Carlos de Alzibar, del conde de Abancay, marido de la mas íntima amiga de su esposa, y á veces hasta del pobre virey, galán enteramente inofensivo, por cuanto sin estar fuera de combate, era muy pacífico y se contentaba con ser amable con todas, solo para que ninguna se quejase, y embotar los envenenados tiros de la crítica; puesto que su elevado rango no le eximia de ser obsequioso y cortés con el bello sexo. La maledicencia, sin embargo, murmuraba otra cosa, y casi creo que tenía razon.

Tanto á él como al conde, don Juan los observó, y en breve pudo convencerse que, aunque ambos desearían ser algo mas que amigos de Emirene, esta no los quería sino para burlarse de ellos, y se tranquilizó. No así con el poeta que estaba locamente enamo-

rado, como suelen enamorarse los poetas, y al que ella parecia profesar mas aprecio que á los demás, bien que ninguna demostración visible lo manifestase.

Explicaré, en lugar conveniente, la verdadera causa que la hacia mostrarse mas risueña con estos tres que con el resto de sus numerosos adoradores, sin que por eso aceptase ni pensase en aceptar su cariño. En tocándole esta cuerda, —Vuelva vd. la hoja— respondía mudando de tono: ó bien, —¡Jesús! ¡qué calor!... vuelvo al momento... y desaparecía.

Mucho sufría don Juan, pero ni su semblante, ni sus palabras, ni sus acciones traicionaron jamás la honda lucha de sus sentimientos. Antes que injuriarla con una sospecha injusta, habia prometido morirse primero de celos y lo cumpliría: pero ¡ay de ella! si llegase á convertirse en realidad, lo que él, aun enemigo de sus mayores accesos de locura, no se atrevía ni quería imaginar. ¡Oh! ¡la habria muerto sin piedad!...

He aquí uno de los muchos percances á que se espone el que se casa. Qué bien dijo quien dijo, que la muger hermosa no es regalo, sino cuidado; aunque el muy tunante, en caso de tomarla, se inclinaba á que fuese mas bien bella que fea, «porque esta última no es compañía sino susto, y es mejor tener cuidado que miedo; y tener que guardar que de quien huir (f).» He aquí la triste condición de los bienes humanos, que siempre han de estar acibarados por algun pesar ó temor: siempre las espinas al lado de las rosas; siempre el bien junto al mal; la inseguridad del porvenir no permitiéndonos gozar del presente; el dolor en el seno de la voluptuosidad; la privación de una cosa, haciéndonos insensibles á las que poseemos; la impotencia de vencer un obstáculo cualquiera, revelándonos á cada instante lo limitado y mezquino de nuestros recursos, ora dependa su consecución de nuestra voluntad, ora de la agena, enseñándonos así, que ni la juventud, ni el talento, ni la hermosura, ni el poder ni las riquezas, ni la virtud á veces, bastan para hacernos felices. Al menor contratiempo nuestro castillo de naipes se viene al suelo, y nos sentimos impotentes para reedificarlo... ¡y esa es la vida!...

¡La vida!... ¿y qué es la vida?... ¡palabra misteriosa, Astro que noche y dia reverberando está, Eco que todo y nada repite, lastimosa Tragedia ó farsa loca, y emblema de una cosa que no merece el nombre que nuestro error le da! ¡La vida!... ¡todo en ella, cual humo se evapora, Dejándonos en cambio recuerdos de dolor; Recuerdos de la dicha que un tiempo seductora, Como una tierna madre al hijo que la implora, Besaba nuestra frente con entrañable amor!...

CAPÍTULO IV.

Un calavera.

Eduardo Carlos María de Tedarra XI, marqués de Araure, á los diez y ocho años, era ya un calavera en toda la extensión de la palabra.

Educado desde la cuna con extremo mimo y regalo, como hijo único acostumbrado á dominar en su casa y á abusar del estremado cariño de sus padres, se distinguió desde muy temprano por su soberbia y el ardor con que corría tras los placeres, sin pararse en los medios para conseguir el fin que se proponía.

Su bondadosa madre, respetable y virtuosa matrona, le patrocinaba y ocultaba á su padre sus travesuras, creyendo que eran efecto de la juventud y del ardor de la sangre, y que se corregiría en cuanto sentara la cabeza.

Así no llegó á noticia del autor de sus dias, mas que una parte muy pequeña de sus devaneos.

A los veinte años, cediendo á sus ruegos, envióle su padre á recorrer las principales capitales de Europa, donde se presentó como el don Juan de Tellez y Zorrilla,

.....gastando su oro
con bizarra esplendidez (2)

Su egregio origen (pues su casa descendía de uno de aquellos valientes capitanes que pasaron con Pizarro á la conquista del Perú, noble antes de ir á América, y hecho marqués por una real cédula de Carlos V), el fausto que gastaba, su agraciada figura, sus modales cortesianos, y las altas recomendaciones que traía, le abrieron en todas partes los principales salones, y donde quiera que estuvo llamó la atención, y fué obsequiado, agasajado y tratado como un príncipe, sobre todo por el bello sexo.

No era muy hermosa su fisonomía, pero sí expresiva y varonil. El sol de los trópicos, al dorar su tez morena, habia derramado en sus rojizos labios, negros cabellos, cerrada barba y erguido continente, cierto tinte de indolencia y dulzura que contrastaba con su mirada imponente y avasalladora. Diríase al verle, que aquel hombre estaba acostumbrado á mandar, á ser feliz y á no sufrir leyes de nadie.

Eduardo tenía talento natural, y era lástima que su afición desmedida á los placeres desde niño, le hubiera imposibilitado para adquirir sólidos y útiles conocimientos.

En cambio se espresaba con una elocuencia y fa-

(1) Y mas adelante añade: «No la quiero niña ni vieja que son cuna ó ataúd; porque se me han olvidado los arrullos, y aun no he aprendido los responsos. —Quevedo.— Carta de las calidades de un casamiento.

(2) Cantos del Trovador.

cundia asombrosas. Su conversacion rápida, picante, rica de imágenes y sales oportunas, encantaba. Completaba las frases con gestos y ademanes llenos de gracia: sabia mil anécdotas muy divertidas, y las intercalaba diestramente en el discurso, contándolas con un talento particular.

El poder de una palabra enérgica, fluida, elocuente y seductora, ora se aplique á las mas altas cuestiones, ora descienda al terreno del trato familiar, ejerce una influencia irresistible en los que la escuchan. Las mugeres, en particular, cuya imaginación es mas impresionable que la nuestra, se entusiasman en un momento por el feliz mortal, que en un minuto sabe hacerlas llorar y reír. Y como los hombres que hablan mucho y bien, son por lo regular muy propensos á abusar del aprecio que inspiran, y un poco atrevidos, porque la seguridad de agradar les da alas, sucede que no les salen falsos sus cálculos y planes con tanta frecuencia, como á los que no poseen ese don estimable.

Para un joven de pasiones indómitas y con sobrados medios para satisfacerlas, nada mas perjudicial que su residencia en las grandes capitales, donde están aglomerados como en una cloaca inmunda todos los incentivos del vicio, y abiertas todas las sendas de corrupción. Necesitase á cierta edad un temple de alma mas que vulgar y muy sólidos principios, para resistir al torrente de las mil seducciones que rodean al que, sin tener quien le contenga, se encuentra en el caso de dar rienda suelta á sus malas inclinaciones. Pocos, contados son los que se conservan puros en medio de una atmósfera corrompida.

De esos grandes talleres de la industria, de esos elaboratorios de la ciencia y de todos los conocimientos humanos, Eduardo, burlando las esperanzas de su buen padre, solo llevó la gangrena de los males, que son su afrenta y vilipendio. En la culta capital de Francia dió los primeros pasos en la senda del vicio, y en los salones de Londres, Viena, Milan, Florencia y Madrid, acabó de perfeccionarse en el difícil arte de vestirse con elegancia, seducir sin rubor ni remordimiento á la virgen, á la esposa, y á la madre de familia; á matar á su mejor amigo de una estocada por haberle mirado al soslayo, á pasar las noches enteras sobre un tapete verde, ó en orgías de vino y libertinaje, rivalizando en brios y excesos con sus dignos compañeros.

Tales fueron sus ocupaciones en Europa por espacio de seis años, hasta que ocurrió la muerte de su padre, que, en su última hora, no tuvo valor para desheredarle, como habia jurado al saber sus locuras y estravíos.

Era hijo único, y el bondadoso anciano esperaba que pasando el primer ardor de la juventud se enmendaría.

¿Enmendarse? ¡Bah!... dueño Eduardo de tan pingüe herencia, dió rienda suelta á sus pasiones: Lima vió con dolor ir desapareciendo velozmente los cuantiosos bienes de sus ilustres antepasados en el juego, en bailarinas y queridas, en las corridas de caballos, en los reñideros de gallos, y en las extravagancias de una vida disipada y fastuosa.

Segun sus ideas, que son las que han dominado y dominan entre la juventud, porque deslumbran á los ignorantes y halagan el amor propio de los mas inteligentes, haciéndoles creer que se sobreponen á la multitud pensando de ese modo, al paso que lisonjean sus pasiones y les abren un vasto campo para abandonarse á ellas, Eduardo creía que el mundo era un gran teatro, donde cada uno tenía un papel que representar.

En este teatro, segun los acontecimientos, se representaban tragedias, melodramas, comedias, dramas, sainetes, pantomimas, etc., etc.

Toda la dificultad estaba en que cada uno representase con perfección el papel que le caía en suerte.

El que lo comprendiese y llenase mejor las condiciones del arte mimico, declamatorio y escénico, ese seria el mas bueno, el mas sabio, el mas honrado, el mas noble, el mas filántropo, el mas digno del aprecio de todos....

Por eso él, desde muy joven, si acacia alguna ocurrencia agradable ó desagradable en su casa, si algun amigo venia á ocuparle, si tenía que valerse de alguien, si deseaba obtener alguna cosa de sus padres, de sus queridas ó de otras personas, componia su semblante, y con la mayor serenidad y sangre fria, empleaba diestramente la astucia, el engaño, la mentira, el fraude... para conseguir el fin que se habia propuesto.

Continuemos la esposición de sus doctrinas.

Puesto que todo es farsa, lo mejor que se puede hacer es gozar de la vida, y nada mejor para esto, que empezar á aprovecharla desde temprano, antes que la vejez nos hiele y nos robe con nuestras ilusiones, las mejores horas de nuestra existencia.

Desgraciadamente, como en todo lo demás, sus ideas á este respecto, eran falsas y nocivas para él y para los otros.

Por gozar entendia el abuso de los placeres materiales.

Conforme á este principio, poco le importaba atropellar los vínculos mas sagrados con tal de satisfacer un goce momentáneo, que bien considerado, no valia las penas que le habia causado y los peligros á que se esponia por conseguirlo.

Ninguna persona sensata ha dicho hasta ahora, que beber hasta la embriaguez y comer hasta el hartura,

ser un placer racional: será cuando mas, una satisfacción brutal, semejante á la que experimenta un lobo hambriento al devorar una res; será el placer estúpido de un idiota, que incapaz de usar dignamente de la luz de su razón, la ahoga en el vino para equipararse con los animales.

Ningun hombre de sentimientos delicados encontrará placer en las compradas caricias de una cortesana. Si alguna vez la inesperienza ó la fragilidad humana le llevan á sus umbrales, saldrá de allí con el alma llena de hastío, disgustado de sí mismo, pesoso, y maldiciendo su extravío y á la que lo produjo.

Ningun corazón bien puesto enamorará á una joven soltera con intención de seducirla, ni se dirigirá á una mujer casada, á menos que la corrupción de las costumbres, como en Francia en el siglo pasado, un encadenamiento de circunstancias casuales, como le pasó á un amigo mio con una dama que se empeñó en perseguirle, ó una pasión anterior, como la de Macías por la infortunada Elvira, le arrastren contra su voluntad, y hagan nacer en su pecho un amor criminal.

Pues bien, Eduardo, reflexiva y sistemáticamente, se entregaba á estas perversas inclinaciones, impulsado por un temperamento robusto y ardiente, y la depravación total de sus ideas.

Concluyamos la esposición de sus doctrinas, que hoy, sin pasar por calumniadores, podemos asegurar que son las de muchos.

Para conseguir todo, basta el dinero. El dinero es el alma de todo: pues como decía su autor favorito,

¿Quién podrá cuanto el deseo,
Aunque imposible conciba,
Y quién lo de abajo arriba
Vuelve en el mundo ligero?....

¡El dinero!

con dinero se tienen lujosos trages á la *derniere*, caballos de raza, alhajas de brillantes, magníficas chucherías, y todo el beato tentador que deslumbra á los espíritus frívolos, y muy particularmente á las mugeres que se pagan de esas exterioridades. Con dinero se sobornan los criados, se ganan las ayas, se compra el silencio de un pariente perspicaz é importuno, se hace volver estúpido y poco penetrante á un marido descendiente.... Es la mejor recomendación, el mejor pasaporte y salvo-conducto para entrar en todas partes; con él se alcanza reputación, honores y consideraciones, que acompañan al que le posee donde quiera que va; suple al talento, á la belleza y á la virtud, que se inclinan ante él, como viles cortesanos ante un monarca absoluto. En fin, ¿qué no se alcanza, qué no se hace con el dinero?.... Si no temiera que se figure el lector que me apresuro á contraer méritos, á fin de que me conceda cuanto antes la consabida cruz (de pedante), invocaría en tono sentencioso y fastidioso el *Quis non mortalia* de Virgilio, que vendría de perlas para cerrar la frase con aquello del *Auri sacra fames*.

No me detendré á examinar estas teorías disparatadas, que si por desgracia, frecuentemente no son teorías, también frecuentemente para honra y bien de la humanidad, solo pueden tener aplicación en ciertos casos particulares y con ciertas condiciones, que no siempre son tan fáciles de encontrarse, como parece á primera vista.

¡No! no es verdad que con el oro se consiga todo. Digan lo que quieran. Ni la virtud, ni el honor, ni el talento se pueden comprar. Creo que se encuentran mugeres que no cederían á los tesoros de Creso; hombres que no se prostituirían al vil interés; y en cuanto al talento, el que no le tenga y sea un bruto, no podrá metérselo en la cabeza ni dejará de ser un bruto, por mas riquezas que posea. Los que juzgan que estas constituyen la felicidad, se engañan miserablemente; son, sin duda, un medio para alcanzarla, pero no bastan ni forman por sí solas lo que se entiende por tal. Al menos esa es mi humilde opinión.

Siendo el marqués un libertino tan inmoral, nadie extrañará su aversión al matrimonio. Sabía de memoria las innumerables sátiras de Quevedo, y cuando se le hablaba sobre el particular, respondía variando de tono, según lo exigía la idea espressa en los versos:

—Antes para mi entierro venga el cura
Que para desposarme, antes me velen
Por vecino á la muerte y sepultura.
—Si yo me quiero ahorcar, ¿no habrá cordeles?
¿Túsigos no hallaré, veneno y hieles?....
—Eso de casamientos á los bobos,
Y á los que en ti no están escarmentados
Simples corderos que degüellan lobos.
—Solo se casa ya algun zapatero
Porque á la obra ayudan las mugeres (1).

—¡Felices los que mueren por dejallas!
¡O los que viven sin amores dellas!
¡O por su dicha llegan á enterrallas!
En casadas, en viudas, en doncellas,
Tantas al suelo plagas se soltaron,
Cuantas son en el cielo las estrellas.

Esto no impedía que anduviese siempre tras ellas, y pasase muy malos ratos por quebrantar el noveno mandamiento. De París tuvo que salir por un doble desafío, en el que mató al marido y al hermano de una

de sus queridas: en Florencia, sorprendido en el cuarto de otra á deshoras de la noche, en la dura alternativa de matar ó ser muerto, hirió mortalmente al esposo ultrajado, con sus propias armas: en Sevilla batióse con un joven capitán debajo de las rejas de una bailarina á quien los dos solicitaban, y mas feliz ó mas diestro que su adversario le dejó tendido en el suelo de una puñalada. Despues en Méjico, Santafé y Caracas, tuvo distintos desafíos con fortuna varia, motivados casi todos por su insolencia y la facilidad con que se burlaba de cualquiera, ó se negaba á dar las explicaciones que se le pedían.

Su destreza en la pistola, en el sable y florete contribuía acaso á hacerle tan audaz, bien que su genio y su modo de considerar las cosas, le habilitaban para tener un desafío cada mes.

A pesar de tan funestos antecedentes, don Juan no sospechaba de él, porque habiendo estado ausente largo tiempo, sus celos databan de algunos meses antes de su llegada; y era el único á quien Emirene mostró desde un principio una antipatía invencible, que el astuto marqués habia sabido disipar y conservar en apariencia, para realizar mas fácilmente sus planes.

El aspecto de la Francia revolucionaria y las ideas bebidas en los clubs de la capital de la república francesa, despertaron la ambición en su alma.—De vuelta á su país, el odio ingénito en los criollos, á los que venían del otro lado de los mares, se aumentó, al contemplar los efectos de la política errada, seguida por las hechuras del favorito de Carlos IV, y fundó una sociedad secreta en Caracas con el nombre de la *Regeneración*, en la que se afiliaron todos los jóvenes de algun valer de aquella ciudad.

Necesito apuntar aqui, aunque sea ligeramente, algunos hechos históricos, por la relacion que tienen con el héroe de nuestra historia.

Causas muy poderosas, que traian su origen desde muy lejos, y cuya narración no me es posible hacer en este lugar, habian arraigado entre la juventud americana su antipatía al dominio español, y preparádola para acoger con el mas grande entusiasmo las ideas puestas en juego por el gran cataclismo de 1789.

El himno triunfal que hacia algunos años resonaba en las vecinas playas, donde flameaba victoriosa la bandera de la democracia, sostenida por el brazo hercúleo de Washington, habia conmovido algunas fibras de su pecho, y á los mágicos acentos de patria y libertad, vió desplegarse ante sus ojos un inmenso horizonte, iluminado por la luz de una esperanza, demasiado grande y seductora para renunciar á ella una vez concebida.

Venezuela fué la primera sección hispano-americana donde se trató de llevar á cabo el arriesgado intento de emanciparse de la metrópoli.

Picornell, Cortés y otros españoles fueron deportados á la Guayra en 1794, por una conspiración que intentaron hacer en la península. La juventud caraqueña solicitó su amistad, y les tomó tanto aprecio, considerándolos como mártires de patriotismo, que les proporcionó la fuga.

Habíase urdido ya una trama hábilmente dispuesta, de la que eran los principales gefes España, Gual y Rico; tenían todo preparado para dar el grito de la rebelión, cuando fueron vilmente delatados el 13 de junio de 1797, y aprehendidos la mayor parte.

Dos años duró su causa.

Fallada esta al fin por las órdenes de un nuevo capitán general (1), que deseaba sin duda contraer mérito con la corte, fueron condenados al patíbulo los principales promotores, deportados los menos culpables, y puestos en libertad unos pocos inocentes.

Siete años despues fueron ahorcados algunos jóvenes venezolanos, que reunidos á Miranda, compatriota suyo y general que fué de la república francesa, habian partido de Londres con una escuadrilla compuesta de una fragata y dos corbetas, para insurreccionar aquella capitania.

Pero estas intentonas fueron sofocadas, no por eso evitaron la propagación de las ideas revolucionarias de que hacían alarde sus autores, derramándolas entre la multitud como un fomes de discordia, como una poderosa palanca de desorganización en el orden de cosas existente; y que, fecundadas con un riego de sangre, no podían menos de brotar mas fértiles, mas lozanas y vigorosas.

El marqués habia sido uno de los principales fautores de la malograda revolución de 1797; pero supo manejarse con tanta destreza, que ni siquiera recayeron sospechas en él.

Luego se puso en relacion con los ingleses, y siguió intrigando y promoviendo sediciones.—Aspiraba á representar el papel que mas tarde representó el ilustre Bolívar, á quien sus compatriotas pagaron tan infamemente.

Calavera, duelista, jugador, fogoso y elocuente tribuno, audaz revolucionario.... en ninguna de estas fases su personalidad era mediocre.

Su principal mérito, sin embargo, consistía en saber malgastar sus inmensas riquezas, y en un talento especial para conocer el flaco de las mugeres y cautivar su voluntad, engañándolas.

Cuando un hombre ha llegado á hacerse célebre de cualquier modo que sea, tiene andadas las tres cuartas partes del camino, y con un poco de ingenio y audacia puede conseguir mas en cualquier empresa que acometa, que otro de mas talento y valer á quien

no acompañe aquella circunstancia, y el marqués era un ejemplo vivo de esta verdad.

Debo añadir á fuer de historiador imparcial, que poseía instintos, que le recomendaban altamente con el bello sexo, y á los cuales debíamos de una conquista. Era un *dandy*, ó como se estila hoy, un *leon* completo. Sus fracs, chalecos y pantalones eran el tormento de los sastres de todo los países y la envidia de los demás petimetres. Sus charoladas botas resplandecían como un espejo terso y brillante; no acostumbraba ponerse mas que tres veces, nadie se calzaba un guante ni se anudaba la corbata con mas gracia ni limpieza: nadie tenia caballos mejores ni carruajes mas elegantes que los suyos: en suma, como el hombre no tenia otra cosa en que ocuparse ni en que pensar, habia llegado á ser la primera notabilidad del Perú en todo lo concerniente á la moda, al buen gusto y elegancia.

Escuso decir que sus maneras aristocráticas estaban en consonancia con su vestido. Cuando hablaba de amores sobre todo, tenia un don especial para expresarse con facilidad y elocuencia, reflejar en su fisonomía los encontrados sentimientos que quería aparentar, y aprovechar el momento decisivo para herir el corazón y conmover el alma. Si se hubiera dedicado al teatro, es creible que con tan felices disposiciones tal vez habria sido un Roscio, un Garrick, un Maizeux, un Talma.

Fuera del terreno en que acabamos de verle era el marqués un hombre muy vulgar. Sus facciones, hermosas en su primeros años, estaban algo desfiguradas por el sello del vicio: sus conocimientos científicos eran superficiales: sus cualidades morales, á escepcion del valor y el desprendimiento, nulas: su carácter, falso é inconstante; mal amigo, intrigante, irreligioso, y muy inclinado á burlarse de los demás: su vanidad, estremada; y una confianza tal en su persona y en su habilidad para seducirlas, que no creía en la virtud de las mugeres, y acostumbraba decir que no habia encontrado una sola que le resistiese un mes: que con ellas todo era cuestion de tiempo; y que, con mas ó menos facilidad, dia mas, dia menos, todas doblaban la cerviz ante quien sabia domarlas y hacerlas obedecer al freno y á la espuela.

Semejante asercion probablemente seria una fanfarronada de este Lovelace de nuevo cuño. No es posible que exista un hombre tan afortunado, que agrade á todas las mugeres que pretenda y se encuentre siempre en posición y en circunstancias tan felices, que se haga superior á cuanto le rodee. Esto solo se ve en las novelas y en la boca de algunos botarates, que á fuer de Quijotes del amor, van doquier en busca de aventuras, como el ilustre manchego inmortalizado por Cervantes: y en su despecho, aunque sea calumniando á quien les ha enseñado á no ser necios, convierten en realidad sus deseos burlados, como en su sueño convertía aquel los pellejos de vino en gigantes, cuyas cabezas hacia volar por el aire.

Ahora bien, creará el lector que este fátauo, habiendo visto una vez sola á Emirene, antes de un viage que emprendió á Chile, como explicaré en lugar conveniente, habia apostado 200 onzas con uno de sus amigos, joven tan disoluto como él, á que á su vuelta, la apuntaba antes de un año en la larga lista de sus víctimas. ¿Creará que habia llegado á interesarla, á insinuarse en su pecho, y apoderarse de su imaginación? ¿Creará que ella se hallaba alucinada hasta el extremo de tomar sus cartas, contestarlas, recibirle cuando no estaba su esposo, oír sus artificiosos juramentos, y creerlos, aunque todavia no se hallaba en disposición de hacerle ganar su apuesta?.... ¿Creará que le habia dado su retrato?....

¿Creará que.... pero no nos anticipamos prematuramente á maliciosas interpretaciones. ¡No nos anticipamos por Dios! que la gravedad é importancia, dignidad y elevación, mision y trascendencia de la historia, exigen la mayor reserva y circunspeccion en cuestiones de esta clase. Conviene esponer concienzudamente los hechos capitales; y con su conocimiento, el apoyo de una sana crítica, y el examen de los diversos cuanto encontrados pareceres de los eminentes autores, que tratan de tan grave y peliaguda materia, preparar, aclarar, depurar, iluminar y fijar el juicio del lector, antes de emitir aventuradas opiniones, hijas por lo regular de la maledicencia y estúpida ignorancia.

Suplico, ruego al lector, no olvide que la ley de partida estableció sabiamente: *Que non pudiera condenarse nin por indicios, nin por señales, nin por presunciones*: y la 2.^a y 3.^a del libro XII de la Novísima Recopilación (¿somos legistas ó no?) disponen que los delatores *hayan de probar* la delación, y de no, recaiga sobre ellos *la misma pena*. Con que así, considere cada uno lo que piensa y lo que dice, si no quiere habérselas con la justicia que tiene las uñas muy largas. ¡Cuidado! no hay que condenar á Emirene á la ligera, ni poner el grito en el cielo, quejándose de su negra ingratitud y perfidia con un marido tan bueno y digno de no ser.... desgraciado: pues tal vez, ¡oh! lector es amigos de murmurar, con una lengua de tijera y unas intenciones mas torcidas que los cuernos de un macho cabrío, que se muere de puro viejo, tal vez os inspire mas lástima que enojo, cuando veais por qué lenta y progresiva gradación, contra su voluntad, sin advertirlo, cuando menos lo esperaba, se encontró presa entre las redes del marqués. Esto y otras muchas cositas muy bonitas os reservo para los capítulos siguientes.

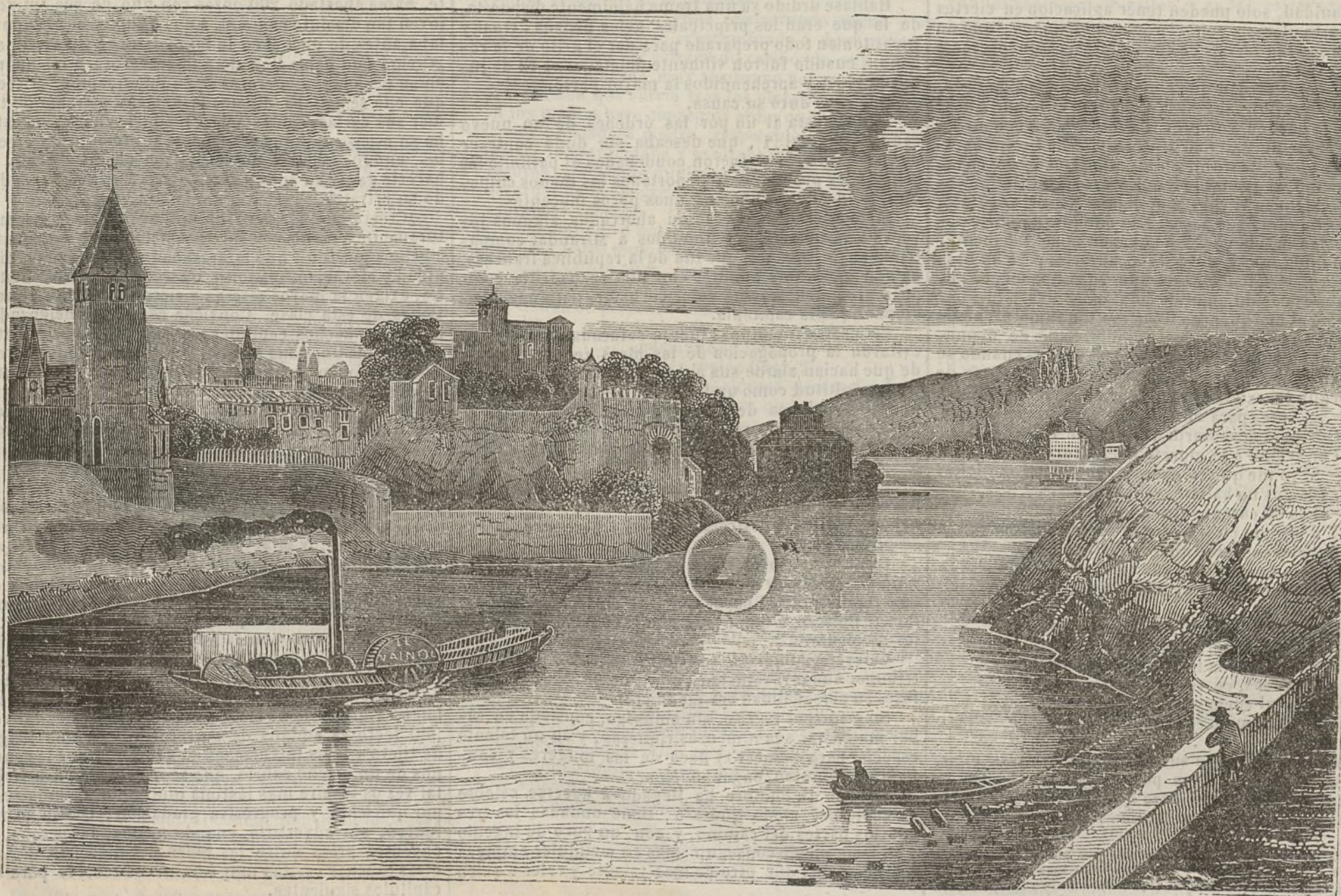
FIN DEL TOMO PRIMERO.

(1) Don Manuel de Guevara Vasconcelos.

PAISAJES ESTRANGEROS.



Vista de la bahia de Villette.



Orillas del Saona.—Isla de Barba.



Vista de Ams'erdan



Vista de Hamburgo.

LAS PLAGAS DE EGIPTO EN MADRID.

(Conclusion.)

DÉCIMA Y ÚLTIMA

PLAGA DE LAS PLAGAS.

Los ángeles exterminadores.

«Percussit Dominus omne primogenitum in terra Egyptæ, à primogenito Pharaonis, qui in solio ejus sedebat, usque ad primogenitum captivæ, quæ erat in carcere....»

Como ya era mas de la una de la noche, y no quedaba un alma en el café, y los mozos estaban apagando las luces y poniendo las sillas encima de las mesas, indicándonos tácitamente que ya era tiempo que nos largásemos, don Donoso, que no deseaba otra cosa, se levantó con ánimo de marcharse, y yo imité su ejemplo.

Siguiónos en silencio nuestro colega, y me figuré que renunciaba, visto lo avanzado de la hora, á hablarnos de la postrera plaga.

Pero no bien pusimos el pie en la calle, á pretesto de que había cesado la lluvia y que la noche estaba hermosísima, nos propuso ir á dar una vuelta por la plaza de Oriente.

El madrileño retrocedió espantado, y no pudo menos de esclamar:

—¡Por los clavos de Jesucristo! ¿todavía tiene usted ganas de hablar? ¿No le duelen á vd. los pulmones?...

—Nos falta aun la décima calamidad, la plaga de las plagas, y yo no soy hombre que deje las cuestiones á medio concluir, contestóle Pimienta con gravedad.

—Pues amigo, yo tengo que levantarme mañana temprano, y me estoy cayendo de sueño. Asi, vd. perdonará si renuncio al placer de acompañarle. Mañana á la tarde nos reuniremos, y....

—Ea, véngase con nosotros y no sea chinche, repuso el charlatan asegurándole por la solapa del frac.

—Francamente, no puedo....

—Pues hacer un poder.

—¡Por la Virgen de Atocha!

—¡No hay tu tia!

Alegre, viendo que las razones no aprovechaban, apeló á las vías de hecho. Empujó con violencia el cuerpo hácia atrás, y consiguió zafarse de las garras de aquel caribe, no sin dejar entre sus dedos el pedazo de frac que tenía cogido.

Y veloz como alma en pena, escapada de los profundos abismos, y perseguida por una legión de espíritus maléficos, echó á correr por la calle abajo, volviendo atrás la cabeza para ver si le seguía, y derribando al huir á mas de una vieja ó papamoseas á quienes cogía desprevenidos en su rapidísima carrera.

Al presenciar aquella insólita peripecia, presintiendo vagamente que iba yo á ser el pagano, me turbé y quise también ponerme en salvo; pero ¡ay! el alevé conoció mi intención, y al volver la espalda me echó mano al cuello del gaban, diciéndome con voz estentórea y amenazante:

—¡Venga vd. conmigo!

Semejante tropelía, que consideré como un ultraje, me irritó en extremo, y como hubiese hecho cualquier persona que estimase en algo su dignidad (y su ropa), cerré los puños y me encaré con él.... pero cuando iba á contestarle: ¡no me da la gana! reforzando mi negativa con algun argumento contundente, enérgico y decisivo, reparé que con la cólera se había puesto muy feo, cien mil veces mas feo de lo que era antes, y.... francamente.... aunque yo en una situación dada preferiría una tanda de mogicones, una estocada ó un balazo, á la nota de cobarde, confieso que me sorprendió, que me impuso respeto, que me dió miedo, en una palabra. No todos tienen bastante presencia de ánimo para desafiar la saña de seres sobrenaturales, de endriagos y tráfugas del Purgatorio.

El tristísimo despojo de Abelardo y el desman verificado con la Muta di Portici, y otras ideas no menos extravagantes, me asaltaron en tropel, haciéndome temblar de los pies á la cabeza, é inundando mi frente de un sudor frío; y no obstante,

—Si señor, iremos donde vd. guste, respondióle precipitadamente.

Mi amabilidad desarrugó la faz sombría de Pimienta, y tomándome de bracero para que á lo mejor no me arrepintiese y me escapase, se dirigió conmigo al indicado paseo.

Deseando verme libre de él cuanto antes, apresuréme á recordarle el objeto de nuestra peregrinación.

—Por supuesto, le dije, que ese Angel ó esos Angeles exterminadores que figuran en la plaga décima, no se referirán al club ó sociedad inquisitorial que en los últimos años del reinado de Fernando VII (Q. E. P. D.) se organizó en esta corte con el santo fin de exterminar á los liberales ó reformistas hasta la cuarta generación; y que para llevar á cabo sus inicuos planes, promovió un alzamiento en varios puntos de la monarquía, y principalmente en la patria de vd., en la fosfórica Cataluña, prestando que el rey estaba cautivo é imposibilitado de ejercer plena-

mente sus prerrogativas, porque le tenían coartadas sus facultades....

—Esos misteriosos é impotentes exterminadores, últimos esputos del fanatismo, y el ángel que el Señor, irritado contra la pertinacia y ceguera de Faraon, envió desde el cielo para que diese muerte en una noche á todos los primogénitos de los egipcios y de sus animales, desde el príncipe heredero del trono hasta el hijo de la humilde esclava, prisionero en la cárcel con su madre, difieren tanto de los que yo tomo por tipo, como difiere la materia del espíritu, los medios físicos de la acción moral.

—¿En qué se diferencian, pues, unos de otros?

—En todo: los míos comen y beben, hablan y rien, duermen y andan en dos pies como nosotros. Visten frac, uniforme, toga ó ropas tales; llevan guantes, entorchados y encages; van en coche, á caballo y también á pie; frecuentan los teatros, los casinos y salones; usan un de nobiliario, una S. y una E. delante de su nombre, ó gastan simplemente su apellido patronímico. Están en todas partes, y á menudo los codeamos bajo la forma de un título ó *títula*, de un alto funcionario con *ex* ó sin *ex*; de un capitalista que ha quebrado tres veces ó está para quebrar; de un agiotista, millonario de la noche á la mañana; de un representante.... de farsas políticas; de un empleado oriundo de Gijón; de un militar, ascendido á los últimos grados de la milicia, sin haber salido de Madrid ni respirado jamás el olor de la pólvora, ó de cualquier otro pajarraco por el estilo.

—Hable vd. sin rodeos y no disfraze su pensamiento; la verdad debe proclamarse sin temor de herir necias susceptibilidades....

—No, amigo mio, no; vd. olvida que no hay cosa mas desdichada que la crítica, según dice un apreciable joven escritor; «no basta pedir amparo á los preceptistas, porque nadie los respeta ni los da crédito alguno; no basta tener buena fé, porque á nadie se supone con ella; no basta, en fin, agotar en el lenguaje todas las formas y maneras de cortesía, porque como suelen pedirse encomios allí donde no los hay, aparecen ofensas graves é inmerecidas injurias. Asi, lejos de tomarse á extrañeza el silencio que guarda por lo regular la verdadera crítica, debe contarse por maravilla el que hable de cuando en cuando y proclame abiertamente la verdad.»

—La ocasión no es muy á propósito para chancearse, señor don Severo....

—¿Cómo chanza?... hablo muy de veras....

—Pues entonces hable vd. de modo que le entienda.

—Ya me entenderá vd.

—Por lo pronto, no estoy muy conforme con el dictado de *Ángeles*, que da vd. á los exterminadores.

—Las palabras tienen un doble sentido, según se pronuncian, y quiere decir que en vez de ángeles serán demonios. Además, también hay ángeles malos.

—Asimismo, repliqué ansioso de traerle de una vez á la cuestión, considero demasiado dura la calificación de exterminadores.

—¡Dura!... cuando vd. los conozca á fondo verá que todavía es muy suave.

—Lo dificulto.

—Escuche vd.

—Escucho.

—Aquí en Madrid, en esta escuela teórico-práctica de corrupción é inmoralidad, todas las pasiones nobles, todos los sentimientos elevados, todos los instintos generosos que Dios ha puesto en el corazón del hombre, se desvirtúan, se amenguan y acaban por embotarse, á fuerza de golpes y engaños. La virtud se convierte en hipocresía y vano respeto á las fórmulas: la generalidad mide con igual rasero al pícaro y al hombre honrado; al que pretende justificarse se le rien en sus barbas, y nadie cree en el desinterés y abnegación de que él no se siente capaz. Triste verdad que está epilógada en el dicho de aquel ministro, á quien la opinión pública acusaba injustamente de concusionario, y que al saberlo exclamó: puesto que de todos modos he de pasar por ladrón, de hoy en adelante robaré cuanto pueda para que hablen con motivo. Otro tanto acaece con la amistad; sobran los amigos, y no se encuentra uno solo, cuando mas necesitamos su amistad. ¡La amistad es la fruta del árbol prohibido en las grandes capitales, es el Fénix de la fábula, de cuyas cenizas nacen la conveniencia y la explotación mútua del hombre por el hombre, de la posición por la posición, de los favores por los favores: se atiende, se aprecia ó se finge apreciar, y se respeta y se adula siempre al.... amigo de quien esperamos algo, ó al que tememos! Los demás son ilotas, autómatas privados de inteligencia y sensaciones, y á los cuales se arroja cuando mas, una mirada de compasión ó curiosidad, mientras labran la tierra para nosotros ó nos sirven de solaz y entretenimiento....

—¿Y el amor?... ¿Creerá vd. que soy un calumniador atrabiliario, si le aseguro que por estas tierras es planta exótica, cuyas flores degeneradas, en vez de los purísimos aromas que exhalan en otras partes, huelen á cálculo, á comercio, y á liviandad?....

Ellos, antes de consagrar con fin honesto sus desinteresados respetos á alguna seductora maga, ú horripilante esfinge, empiezan por informarse á cuanto asciende su dote; si es otro el fin, preguntan si es blanda de corazón, ó acostumbra admitir las ofrendas que sus adoradores arrojan á sus pies....

Ellas por su parte no se quedan atrás, antes de es-

flechas del traidor Cupido, se informan de la posición, y sobre todo, del fondo del pretendiente, sin reparar si es lindo ó feo, gordo ó flaco, de alta ó baja ralea, si las hará ó no dichosas. Lo que ellas quieren, ¡inocentes! es un marido que las lleve en coche, que las cubra de diamantes, que les proporcione medios de brillar, independencia, continuas distracciones, y sirva en caso necesario de editor responsable á las ligeras, siquier alegres composiciones eróticas que de vez en cuando, como quien dice de año en año, se les antoje dar á luz: porque no es solamente de ahora como se pretende; el bello sexo desde muy remotos tiempos ha tenido la manía de ser autor; pero como no siempre todas sus producciones llenan los requisitos de la ley, suele necesitar, como los periodistas, un testafarro, un editor responsable que le saque de apuros; y en ese caso, ¿quién mejor que un esposo nacido bajo la grave influencia del mes de abril ó diciembre, desempeñará el papel de tal con mas naturalidad y acierto?....

Si las susodichas no aspiran al santo lazo, ya sabrán haceros comprender directa ó indirectamente, por muecas ó suspiros, cara á cara ó por los buenos oficios de una tercera (persona) que sus hechiceros ojos son, al decir de Quevedo,

....soles con uñas
Que se van tras la moneda;

que obras son amores y no buenas razones, porque

El que solo promete
Mete cizaña,
Pues los prometimientos
Son para el alma;

que dádivas quebrantan peñas, y por ende:

Hombre sin talego
Lego se queda,
Que en su órden el rico
Solo profesa (1);

y en fin, que en el piélago del amor, quien desea navegar viento en popa,

Y busca corriente grata,
Deja el río Marañón
Y emboca en el de la Plata (2).

—Es cierto, repetí exhalando un profundo suspiro; pero esas animalias....

—Anomalías querrá vd. decir.

—Esas anomalías no pueden admitirse sino como escepciones de la regla general.

—Al contrario, la regla son las que vd. llama anomalías, y las escepciones ó fenómenos, los casos opuestos.

No me atreví á impugnarle por miedo de alargar la sesión: don Severo continuó:

—Si el amor aquí degenera en cálculo, en comercio y liviandad, la noble profesion de las armas, y la mas noble aun de la magistratura, conviértese con frecuencia en un correte de ascensos, de cruces, de charreteras y de sueldos: no se trata de encanecer sobre los libros ó de arrancar banderas al enemigo en los campos de batalla; se trata de llegar de un salto en el menos tiempo posible y por el camino mas corto, al último escalon de la carrera; ¡aunque para subir hasta él sea preciso olvidarse de todo!....

De la gloria artística no hablemos: por poca fortuna y mucho talento que tenga el que se lance á conquistarla, la fuerza de las cosas le obligará á subordinar sus inspiraciones al gusto dominante, y á la utilidad pecuniaria, si no cuenta con otros recursos para vivir que con los que pueda proporcionarle su pluma. Escribirá novelas en vez de historias, malas zarzuelas en vez de buenos dramas, hará traducciones en vez de obras originales; se esterilizará en la vida desecante del periodismo, y considerará el arte y la literatura como medio y no como fin. Será artista ó literato hasta conseguir un empleo ú otra ocupación que le asegure un porvenir menos precario é incierto....

A eso están hoy reducidos el arte y la literatura en Madrid, como el alto honor de representar á la nación y de abogar por los intereses de los pueblos se reduce para mas de cuatro, á representar á una persona ó á siete, y á abogar por un distrito, por una aldea, por un camino, por una iglesia, por una mina, por una fábrica, por un pleito, por una industria, por un privilegio, por un pariente, por todo, menos por los pueblos; y á ser representantes de todo, hasta de la raza vacuna y caballar, para valerme de la frase de un célebre publicista traspireráico (3), á ser representante de todo, menos de la nación.

—Mezcla vd. mucho color negro en su paleta, señor Pimienta, y va á salir el cuadro muy recargado, le dije, girando á mi alrededor la vista para cerciorarme si nos escuchaba alguien, porque como estábamos en tiempo de elecciones, podía oírnos algun elector descontentadizo, examinar la lista de candidatos que llevaria en el bolsillo, y á Juan por lo del distrito, á Antonio por lo de la aldea, á José por lo del camino, á Diego por lo de la iglesia, á Sinforoso por

(1) Lición de una tia á una muchacha, etc. *Musa VI*.

(2) Góngora, *Letrillas*.

(3) Comernin. Libro de los oradores.

lo de la mina, á Pablo por lo de la fábrica, á Ciriaco por lo del pleite, á Matias por lo de la industria, á Cosme por lo del privilegio y á Robustiano por sus innumerables parientes, afines, consanguíneos y colaterales.... á todos negarles su voto.

No hay peor sordo que el que no quiere oír. El inexorable Aristarco se desentendió de su advertencia piadosa, y prosiguió su furibunda filípica. Le dejó que se desahogase, y cuando hubo vomitado una buena dosis de bilis, le interrogué de nuevo sobre los esterminadores.

—Los he hecho desfilar por delante de vd., me contestó, y no los ha conocido! ¿Será porque se los he presentado en miniatura? ¿Será porque apenas he levantado una punta del velo que los cubre?

¡Ah! no le quede á vd. la menor duda, los *Anges esterminadores* son esos, esos los que ahogan en nuestro pecho todas las pasiones nobles, todos los sentimientos elevados, todos los instintos generosos que engrandecen y elevan al hombre hasta su Hacedor. Ellos ejercen el oficio de verdugos con las inteligencias y corazones no contaminados aun por el hábito del vicio, que vienen á Madrid con toda su inesperienza, con todas sus ilusiones y pureza. A su glacial contacto, los que no se corrompen, los que tienen bastante fortaleza para resistir al arrollador empuje de las olas de la seducción, de la costumbre ó de la necesidad, que los arrastran mal de su grado, á la pendiente resbaladiza por donde bajan y suben casi todos, pierden en aquella desesperada lucha la virginidad de sus creencias, la solidez de sus principios, la fe y la confianza en su valer moral ó intelectual. Dudan, vacilan, se abandonan al desaliento, y llega un instante en que la indiferencia, el mas profundo desprecio y el hastío de cuanto les rodea, se infiltran como un virus corrosivo en su corazón petrificado por los desengaños. El sentimiento de su impotencia para vencer la fatalidad que los abruma, nubla para siempre el sol de su esperanza; y su alma, bronce sonoro que antes vibraba á todas las impresiones que lo herían, no encontrando alimento fuera de ella, se roe, se devora á sí misma como una hoguera privada de combustible....

—Vd., mi amigo, que es joven, y está en esa edad dichosa en que se ve la vida al través de un prisma encantado, vd. que necesariamente debe abrigar mas de una dorada ilusión, comprenderá algun día los tormentos que aguardan en la corte, al que confiado en sus propias fuerzas y con una venda sobre los ojos, la recorre en pos de alguna sombra, y siguiendo á esta, en vez de una vereda transitable, encuentra un precipicio á cada paso; en vez de flores, abrojos; y reveses, caídas, inquietud, y acaso remordimientos y desprecio; en vez de prosperidades, calma, consideración y ventura.

—¡Oh! no, no! exclamé involuntariamente; usted exagera mucho. No es tan feo el leon como lo pintan, ni el cuervo es mas negro que sus alas, y yo puedo asegurar....

—Cada uno habla de la feria como le va en ella. Vd. habrá tenido suerte ó pertenecerá al número de esos bienaventurados pobres de espíritu, cuyo es el reino de los cielos; blancas palomas sin hiel, para quienes todo está perfectamente dispuesto en el mundo, por cuanto su obtusa inteligencia es incapaz de concebir nada mejor ni peor.

—Caballero, las alusiones personales.... me apresuré á decirle, resentido por la indirecta.

—Penetre vd. en la sociedad, vea á esas jóvenes, bellas, interesantes (por su hermosura y su gracia.... dotada), vivas, ingeniosas, con toda la instrucción y habilidades que puede tener una niña á los quince ó veinte años; véalas vd. entregando con la sonrisa en los labios su diestra, su juventud, su belleza y su fortuna, á falta de otras cosas, al mejor postor. Vea vd. á esas esposas, tal vez madres de familia, tal vez célebres por el lustre de su cuna, por su posición ó sus riquezas, véalas vd. en el Prado, á la faz de todo el mundo, paseando con sus amigos íntimos, amigos íntimos tambien de sus esposos; cada quince días con uno nuevo, porque los tales se suceden en su *entente cordiale* con la rapidez espantosa con que varia en España todo lo que dice relación con los cargos ó cargas públicas. ¡Tanta es la severidad de ellas! ¡tan difíciles de contentar son! ¡y tan crecido es el número de ellos, y tan grande su ineptitud, que los dan de baja á los quince días!.... Es verdad que nada es mas difícil que encontrar un buen amigo, y en esta *coronada* villa mucho mas.

—En efecto, parece imposible que haya en Madrid tantos pollos, gallos y gaviñanes, cuya principal ocupación se reduzca á poner á prueba la virtud de doncellas, casadas y viudas....

—Hay mucho rico ocioso y mucho vago de buen tono, y como si ya no sobrasen aquí, las provincias peninsulares y ultramarinas, nos envían todos los años cuantiosas remesas.

—Si no tienen en qué malgastar el tiempo y el dinero, ¿por qué no se dedican á hacer obras de caridad, siguiendo el precepto de Jesucristo: Ama á tu prójimo como á tí mismo?

—Ellos cambian la o en a, y aman á las prójimas. Váyase lo uno por lo otro: eso es mas natural y mas fácil.

—Tanto monta.... siga vd.

—Si del hogar doméstico, si de las escenas escandalosas á que da margen diariamente el quebrantamiento de los vínculos conjugales, desciende usted á la sentina de la política; si contempla vd. á unos,

Esau de la palabra, vendiendo su buen nombre y el derecho de decir sí ó no, por un plato de lentejas (amarillas como el oro) ó por un pastel (amasado con la harina de un destino); á otros, traicionando á sus amigos y apostatando de sus principios, por una empanada (1) ó una cartera; á estos, volviendo la espalda á sus bienhechores, y si es posible, cortando con el hacha del verdugo los mismos brazos que los levantaron á la altura en que hoy se encuentran; á aquellos hafiándose hasta el gollete como unos doctrinos famélicos (á costa de los contribuyentes por supuesto) de todos los placeres sensuales y de todo el fausto del lujo que antes su pobreza no les permitió disfrutar....

¡Ah!... dígame vd. ¿quién, por mas entusiasta que sea, por mas fe que abrigue en las instituciones y en los hombres, no sentirá desvanecerse su entusiasmo y debilitarse su fe, al presenciar tamañas venalidades, traiciones, apostasias, ingratitudes, cinismo y degradación?....

Si hafiado de la política y sediento de gloria, vuelva vd. sus miradas al horizonte artístico ó literario, muy grande debe ser su energía, y mucha confianza debe tener vd. en su capacidad, para mirar frente á frente, sin desalentarse, reputaciones tan legítimas y altas como las de Madrazo, Zorrilla, García Gutiérrez ó Hartzembusch; para no desesperar al ver la inmensa muchedumbre que sigue el mismo camino, le obstruye, le disputa á vd. el paso con encarnizamiento, y llega tal vez al fin, hollando el cuerpo de sus compañeros.... de viage; para no estrellarse en los obstáculos que encontrará á cada paso, ora naturales, propios de la imperfección humana; ora artificiales, hijos de la rivalidad y malquerencia de los que ejercen el mismo oficio; para no romper su pluma y entregarse á Baco ó tirarse al canal, ante la indiferencia del público, el desden de los editores; la insolente arrogancia de los empresarios de.... bastidores; las ridículas exigencias é insoportable fatuidad de actores y de actrices; la estudiada tibieza y el orgulloso desvío de los que valen algo, literariamente hablando; la malevolencia, las murmuraciones é intolerancia de la medianía rastrera y meticulosa; y por último, esta es la mas negra, ante los repetidos, tremendos latigazos de la crítica apasionada ó injusta de cuatro tañedores de violon, que porque saben hilyanar un folletín, pero no inventar una frase nueva, porque han leído (por el forro) á la Harpe y á Sismondi, á Shagel y á Cousin, á Shakespeare y á Byron, porque han hojeado media docena de libracos antiguos, sin haber ellos escrito ninguno que justifique sus pretensiones, se creen oráculos infalibles, y se imaginan ¡tanta es su petulancia! que la Providencia, siendo calvos, los ha enviado á la tierra para llenar la filantrópica misión estólida de fabricar gratis *pelucas* para todo vicho viviente, sea ave ó reptil, bípedo, cuadrúpedo ó cetáceo, carnívoro ó hervívoro, mamífero ó vivíparo.

Y luego la generalidad que se detiene en la superficie, y rara vez en el fondo de las cosas, se admira de que en la corte muchos jóvenes escritores empiezan admirando y acaban narcotizando, ó volviéndose *estúpidos* como por aquí se dice. ¡Pues qué los pesares, los contratiempos, los desengaños, las decepciones, el trabajo incesante, al vapor, á destajo, sin conciencia ni gusto; las privaciones, y á veces la miseria y el menosprecio ¿no bastan para ajar la mas bella inteligencia, para esterilizarla y secarla, como se seca una flor privada de riego en la fuerza del estío?

¡Ay! cuantas veces para que la flor vuelva á erguirse lozana y espléndida, le basta una sola gota de rocío, como le basta al verdadero artista, poeta ó escritor, para volver á conquistar la fama que ha perdido y remontarse quizá á doble altura, un aplauso del público, una ligera señal de aprecio de sus iguales, ó una retribución decorosa que le permita consagrarse á sus tareas con la calma, con el desahogo é independencia convenientes....

Cuando don Severo la echaba de sentimental no habia diablitos que le aguantasen: así, para que concluyese mas pronto resolví no interrumpirle; y si he de hablar con toda franqueza, sentíame dominado á pesar mio, por el tono de su voz, por la espresion de sus miradas y grotescos ademanes.

El resto del discurso, ó mejor dicho sermón, ofreció escasisimo interés, pues se redujo á sus sempiternas declamaciones contra los impíos ángeles esterminadores, origen de los males que lamentaba.

Las cuatro y media sonaban en el reloj de palacio, cuando dió por terminada la discusión, y por no perder el placer de charlar otro poquito, á pretexto que distaba un paso, acompañóme hasta mi casa, quiero decir, á la casa donde vivo, al fin de la calle de Atocha.

Para colmo de desgracia, tardaron una hora en bajar á abrirme, y don Severo me ultimó sin piedad en este intervalo.

Cuando la criada, refunfuñando, abrió la puerta, precipitéme dentro como si me viniera persiguiendo algun asesino, y sin decir adiós á mi acompañante, di dos vueltas á la llave y subí los escalones de cuatro en cuatro, volviendo la vista azorada, temeroso de que se hubiese colado por el ojo de la cerradura.

Entré en mi cuarto y me dejé caer sobre la cama, mas muerto que vivo.

Apoco el sueño cerró mis párpados fatigados, y batiendo sobre mi abrasada frente sus alas de adormideras, concedióme con el reposo restaurador del cuerpo,

(1) Errata: léase embajada.

el letargo del espíritu, iman y crisol del pensamiento....

ULTIMATUM.

A las seis de la tarde me desperté, y despues de almorzar, con la cabeza hirviendo, y preocupado todavía con las ideas de la vispera, me preparé á verterlas sobre el papel antes que se me olvidasen.

Ya os he manifestado, lectores, al principiar esta serie de artículos, que andaba á caza de una idea, y que tenia necesidad urgente de escribir algo, mucho antes que las curiosas é importantísimas adquisiciones que debí mas tarde al encuentro de Pimienta y de su amigo, me autorizasen para considerar mi silencio como una calamidad europea para mi individuo en particular, y para la humanidad residente en Madrid en general.

Sin embargo, todavía vacilé cinco minutos....

Al fin, sin reflexionar el atoladero en que me metía, decidíme á arrostrar todas las consecuencias de mi temeridad, y puse manos á la obra resuelto á inmortalizarme ó á hundirme para siempre; y no bien concluí los dos primeros artículos, se los endosé con cuatro letras bajo un sobre, á mi excelente amigo el director de este periódico.

El señor Mellado tuvo la galantería de enviarme las pruebas de ellos á los pocos días, comprometiéndome así á concluir á toda prisa mi malhadado trabajo.

Entonces cerré los ojos y me precipité de cabeza en el Océano de las Plagas, haciéndome la ilusión de que tal vez encontraría alguna perla, escondida entre el cieno de su fondo.

Días y noches anduve debajo del agua, y cuando subía á la superficie para respirar, iba tirando á la orilla (es decir, á las columnas de LA SEMANA) los guijarros, algas, plantas marinas, conchas, mariscos y pescados (sin s) que acertaba á coger. Mi escesiva modestia no me permite detenerme á investigar, si entre tanta resaca ó escoria, cayó tambien alguna piedra preciosa.

A las METAMORFOSIS siguieron las RANAS, á las RANAS los CÍNIFES, á estos las MOSCAS GRANDES, tras las MOSCAS GRANDES vino la PESTE, y con la PESTE, como una consecuencia necesaria, las ULCERAS Y TUMORES. El cielo irritado comenzó á tronar, lanzando RAYOS Y GRANIZO; una nube de LANGOSTAS invadió LA SEMANA, y las TINIEBLAS extendieron su lúgubre manto sobre el desventurado periódico....

Yo continuaba impertérrito nadando tras unos tiburones ó ballenatos, que desde lejos me parecían ANGELES ESTERMINADORES.... de los pejes, sin acordarme de volver á tierra; cuando otro buzo llamado don Rumor Público, mas ligero que yo, enviado no sé por quien, se lanzó al mar en busca mia, y habiéndome alcanzado me anunció que á consecuencia de mis proyectiles *agráficos plagíferos*, el tífus se habia declarado en el vasto establecimiento del señor Mellado, y que temiendo este el contagio, acababa de huir en posta á París, resuelto á no volver á su casa hasta que hubiesen terminado las Plagas.

Semejante noticia, lectores, me ocasionó un fuerte calambre, y ya, aunque quise, no pude nadar. Dejéme llevar por la corriente, y esta me arrastró á la orilla.

Allí recobré el uso de mis miembros, entorpecidos por el cansancio, y sin vestirme ni acicalarme, envuelto en una sábana como alma del otro mundo, me presenté en las oficinas del establecimiento tipográfico.

Entré.

Todos los redactores y *attachés* de la Semana, reunidos en junta extraordinaria, me esperaban, y apenas me acerqué, me rodearon diciéndome á gritos:

—¡Huya vd! ¡huya vd., hombre-plaga! ¡Los cajistas se han pronunciado, y andan buscando á vd. para esteriotiparlo vivo en las máquinas de imprimir!

—¡Eso se verá! contesté yo con mucha calma.

—¡Muchachos! ¡allí está! gritó una voz que me pareció la del regente.

—¿Pues, para qué os quiero?.... murmuré por lo bajo, y sin aguardar el turbion de alarifes que se me venia encima, y llamando en mi auxilio á la prudencia, me precipité á escape por aquellas escaleras, mas veloz que un mastin que lleva un cacharro atado á la cola, y en el lomo media docena de bendiciones de San Juan de Palermo, por vía de apéndice, para refocilarse por el camino.

Dudo que el célebre Montemayor, con su famoso Eolo, ande mas ligero que yo: tres minutos y dos segundos tardé en llegar á mi casa.

No obstante, á pesar de aquella catástrofe, era indispensable terminar las Plagas de un modo conveniente; era necesario, cuando menos, hacer el epílogo de ordenanza; y yo, que si al pronto me asusto, luego, un poquito mas tarde, tengo toda la sangre fria necesaria para obrar como conviene; dí órden á la criada que no abriese á nadie que me buscara, sin prevenirme antes, é impávido y sereno cogí los números de la Semana donde se han publicado las Plagas; me arrellané en un cómodo sillón (de la patrona), y me puse á leerlos con ánimo de escribir en seguida el extracto, resumen ó epílogo de que he hablado.

Pero á medida que leía, á medida que me engolfaba y veía en su conjunto aquella miscelánea, aquel cúmulo de adefesios, estravagancias, miserias y tipos repugnantes, sentía palpar mi pecho, agitado de una

virtuosa indignación; el púdico sentimiento de una alma joven y pura aun, que se subleva involuntariamente contra todo lo que tiende á emponzoñar y destruir sus bellas ilusiones y santas creencias, coloreaba mi pálido semblante con el carmin de la ira; y otras ideas elevadas, apacibles, tiernas, fascinadoras, sublimes, despertábanse en mi fantasía, y luchaban y eclipsaban con su angelical belleza, la horrible fealdad de las que tenía delante de los ojos.

—¡No! exclamé, tirando los periódicos, y dejando caer mi frente convulsa entre las palmas de mis manos que brotaban fuego;—¡no! ¡no todo es oropel, mentira, fango y corrupción! Madrid tiene una faz poética, que también merece un estudio especial. Al Madrid prosaico puede oponerse otro ideal, que en nada ceda al anterior. Es una medalla que tiene su anverso y su reverso, yo la he mostrado por un lado; falta, quiero y debo enseñar el otro.

¡Si! estoy resuelto: con el título de MADRID POÉTICO voy á escribir otra serie de artículos, otro libro que sea el complemento de este.

Madrid con sus magníficos palacios y paseos; con sus establecimientos públicos; con sus monumentos; con sus mil espectáculos; con sus sa-raos; con su bullicio y movimiento social, político y literario; con sus hombres célebres en todas las profesiones y carreras, y dignos de la popularidad que alcanzan; con sus bellísimas mugeres, modelos de elegancia, de talento y buen tono; con sus sociedades literarias y filantrópicas; con sus fiestas populares, civiles y religiosas; con su lujo y magnificencia oriental; con todos los placeres físicos y morales, que brinda á los que pueden disfrutarlos.... MADRID POÉTICO, en una palabra, formará el vasto cuadro que pienso bosquejar en prosa y verso, para ponerlo en contraposición al de las Plagas.

En la actualidad, imprescindibles ocupaciones é indeclinables compromisos, me inhabilitan para emprenderlo desde luego; no sé, por consiguiente, cuándo y cómo realizaré mi idea; pero, Dios mediante, confío realizarla mas tarde ó mas temprano, del mejor modo que me sea posible.

Entretanto, lectores, al despedirme de vosotros, os pido indulgencia para las Plagas, lo que equivale á advertiros que se trata de hacer una bonita edición de las mismas, en un volumen, ilustrada con caricaturas de nuestros primeros artistas, intercaladas en el texto, y el futuro editor, siguiendo mi consejo, á fin de evitaros la molestia de que lo hagais en persona, tendrá la galantería de apuntaros en las listas de suscripción, que se formarán á su debido tiempo. Me lisonjeo que ninguno de vosotros querrá pasar por impolítico y desagradecido, mandando que le borren. Admitid, pues, este corto obsequio (alofjando veinte reales nada mas, la miseria de 170 cuartos) con la sinceridad y buen deseo con que os lo ofrece

Vuestro afectísimo S. S. y amigo

Q. V. M. B.

ALEX. MAGARIÑOS CERVANTES.

Posdata.—Se ruega á todos los que leen de g.... la Semana, tanto en Madrid como en provincias, en el Ateneo, en los casinos, en las redacciones de los periódicos y en los gabinetes de lectura, que se suscriban á la susodicha edición *in fieri*, solamente para que el susodicho editor tenga el gusto de conocer el color y peso de sus maravillas, sopena de figurar en primer término en el apéndice que un amigo del autor piensa añadir á las Plagas. Vale.

VIAGES.

Tenemos especial satisfacción en ofrecer á nuestros lectores el siguiente curioso artículo, cuyo autor, que lo es también de muy bellas poesías, honrará nuestra publicación con otros en extremo interesantes, y que escribió durante su permanencia en el cuartel general de nuestra expedición á Italia, recordando sin duda que los hijos de la patria de Alonso Ercilla saben alternar gloriosamente las fatigas de la milicia con los trabajos literarios.

ITALIA.

Caduta delle Marmore.—Gruta.—Lago de Piediluco.—Eco.—Ruinas de Tora.

Al Norte de la hermosa provincia de la Savina, perteneciente hoy á los Estados Pontificios, y al pie de la sierra de Monte Leone, se encuentra la ciudad de Terni, ceñida por los dos brazos del río Nera, que

junto con el Velino, riegan la campiña y valle de su nombre. La gran cascada, conocida con el nombre de *Caduta delle Marmore*, hace notable esta población, y es causa de que sea continuamente visitada por los extranjeros. Es opinión general que el pueblo de Rieti, que se halla á tres leguas de Terni, marca el centro de la península italiana, y se pretende que Virgilio, en el libro sétimo de su Eneida, habla de la cascada cuando dice:

*Est locus Italiae medio sub montibus altis
Nobilis, et fama multis memoratus in oris
Amsancti valles.*

Al cruzar los alrededores de Terni, los ríos Nera y Velino, corona el último la montaña á que da nombre, y el Nera ciñe su falda. De esta posición respectiva de un río sobre otro, se deduce fácilmente que habiendo un desbordamiento en el que ocupa la parte superior del monte, aumente las corrientes del otro hasta producir una inundación. Esto es lo que sucedía antiguamente en la campiña de Terni. Para evitarlo se canalizó el Velino, y haciéndolo caer en cas-

cual se ven producciones volcánicas. La subida del terreno se va haciendo mas sensible, hasta llegar al pequeño pueblo de Papigno, situado en la cresta de una colina, á cuyo pie se extiende un delicioso valle, propiedad de los condes Graziani, así como un bonito palacio á la inmediación del pueblo, que conserva restos de fortificaciones antiguas.

Hasta aquí llega el camino de ruedas, y por consiguiente hay que dejar el carruaje. Apenas el viajero se apea de la *vittura*, cuando se ve rodeado por una multitud de mugeres, que le ofrecen en confusa algaravía sus borricos para subir á la caduta. Hay entre ellas algunas, que conservan restos muy deliciosos del antiguo tipo Savino, y mas de un romano moderno recuerda al verlas, con cierto placer, el hecho famoso que llenó de desolación, á aquellos mismos lugares, en tiempo de los descendientes inmediatos de Rómulo.

En Papigno, se presentan dos caminos que conducen á la cascada; el primero, por la izquierda, que termina en la orilla opuesta del Nera, ofreciendo la vista de la catarata, en toda su magnificencia, por la parte inferior. El otro está abierto en lo áspero de la



cada sobre el desagüe del Nera, en su parte de lago, se consiguió dejar libre aquella hermosa llanura, de las inundaciones que en otro tiempo sufría. Esta obra colosal es del año 480 de Roma.

Nace el Velino entre Antrodoco y Civita-Reale. La catarata en que viene á morir se halla al Este de Terni, á la distancia de cinco millas italianas. Para dirigirse á ella se sale por la puerta vulgarmente llamada del Sesto, pasando por un puente construido por el pueblo de Terni, en lugar del antiguo, obra de Sexto Pompeyo, y cuyos restos se ven aun junto á la puerta. Paralelo al camino, que flanquean hermosas alamedas, se abre un canal, obra del inmortal Pio VI, que tantos monumentos de pública utilidad ha dejado á la Italia. Las aguas de este canal mueven las máquinas de una fundición para obras de hierro, donde se trabajan los minerales sacados de los montes de Gabelli, Cornuovole y Roscio, los cuales son ramificaciones de los Apeninos, en el territorio de Monte-Leone, al Nordeste de Terni. En el día este grandioso establecimiento se halla sostenido por una sociedad de propietarios del país, pero no bajo el pie en que por su magnificencia da á conocer ha estado en otro tiempo. Hoy quizás no cuente con cuarenta operarios, cuando sus máquinas son susceptibles de dar trabajo á quinientos hombres.

Hasta la distancia de una milla, el camino es un jardín continuado. Las ricas viñas cultivadas con ese gusto italiano, que las da el aspecto de una decoración teatral, tendidas en largas hileras sobre sus enrejados de caña, entrelazaban sus vides con los árboles frutales. El terreno que, va accidentándose sucesivamente, tan pronto ofrece á la vista una alfombra de menuda grama, como ciñe las orillas del arroyo, con las caprichosas formas del granito, dándole dirección para que en otro punto, se presente convertido en tranquilo lago. Aquí y allí se descubren entre la verdura, las cúspides de esos conos de paja, que sirven de habitación al pobre *vignaiuolo*, que entona al lado de su *capanna*, melodiosa canción para entretener su trabajo.

A los lados del camino, se distinguen ramificaciones calcáreas de varias especies. A la derecha y á dos millas de distancia, se encuentra la *Puzzolana*, en la

montaña, y presenta continuas señales, de carbonato calcáreo de estructura angulosa. Marchando por el último, se descubren, creciendo á cada paso, dos grandes montes con sus cimas á una misma altura, y que en realidad no son mas que uno solo, cortado perpendicularmente en dos para dar paso á la gigantesca columna de agua. El ruido bronco que esta produce, se va haciendo cada vez mas perceptible.

El tiempo que se emplea en esta subida es bastante largo, ya por lo poco ligero de la cabalgadura, cuanto porque se marcha sobre un terreno muy pendiente y quebrado. Sin embargo, raro es el viajero que se manifiesta impaciente por terminar aquel pintoresco tránsito. Lo espléndido y variado del paisaje, que se transforma á cada recodo de la angosta vereda, el magestuoso sonido de la corriente desatada, y la conversación que en la dulce lengua italiana, mantiene la joven conductora, hacen que no se desee salir tan pronto de aquella apacible soledad, donde bajo un cielo privilegiado, y respirando la grata frescura del valle, se tiene por cicerone á una hermosa Savina.

A tres cuartos de milla de la cascada, se marcha sobre un terreno, que herido, suena unas veces metálicamente, y otras como si estuviese hueco. Este fenómeno nace, de estar trabajado interiormente el piso en estalácticas, por la continua acción del agua, cayendo en otro tiempo desde puntos mas elevados.

A esta altura se encuentra una pequeña capilla, que se llama de Pio VI. A su izquierda se extiende un magnífico dique, formado con materiales escavados en la inmediación. Asomado el espectador á esta muralla, aturrido por el inmenso estrépito de la cascada, y viendo á sus pies aquel abismo inmensurable, no puede menos de reconocer su pequeñez. Al batir el agua en las rocas inferiores, levanta una nube de menuda espuma, que se extiende á manera de un vapor, á una altura de mas de 400 pies, produciendo el sol en ella vivísimos cambiantes de luz. Subiendo aun mas arriba, por unas escaleras de madera, se ve la caja del agua en la parte superior de la montaña, y antes de precipitarse. Es tal su velocidad, que no puede detenerse la vista fija mucho tiempo en la corriente.

Dando vuelta á la cúspide del monte, se detiene el espectador sorprendido á la vista de la cascada.

Fiere esta cuatro golpes ó saltos. El primero cae perpendicularmente y tiene 300 pies de elevación. Su aspecto es el de una gran columna de nieve, siendo la caída tan veloz, que no se le advierte movimiento alguno hasta su pie. En este ó sea primer golpe, se estiende el terreno con mucha regularidad á manera de la taza de una fuente, que vierte una capa de agua diáfana como el cristal, y cuya vista contrasta admirablemente con la de la primera caída. Los demás saltos no son ya tan notables, ni se marcan tan distintamente, por ser el terreno muy quebrado, y mostrarse el agua ya en torbellino, que cubre de espuma lo restante del Nera, hasta la población. La altura de la caída es de 606 pies.

A pocas varas de distancia, volviendo de la cascada por el camino de la montaña, se encuentra á la derecha una gruta, que puede considerarse como una maravilla. Se entra en ella por una hendidura natural y recibe una luz muy ópaca, por una cavidad practicada sobre el terreno, y que corresponde á su centro interiormente. Los conductores, encienden grandes haces de paja, cuyo humo no permite prolongar mucho la estancia en ella. Una capa finísima de carbonato cálcico, que puede muy bien tomarse por una delicada filigrana de un color amarillento, compone con elegante vaguedad, la superficie de sus paredes. En ellas se observan multitud de estalácticas, de mil formas caprichosas, cuyos cristales al reflejo de la luz artificial, presentan á la imaginación mil objetos fantásticos.

La mas notable de todas es una que se presenta bajo el aspecto de una campana, ó mas bien de un hongo, de unas dos varas de diámetro en su mayor abertura, y de altura proporcionada. Es muy diáfana, y herida produce un sonido metálico claro. Se ven tambien pendientes del techo, muchas raíces de árboles petrificadas. El origen de esta gruta, parece esplicarse en la continua filtración del agua, en los tiempos antiguos.

Siguiendo desde la cascada la dirección del río hacia su nacimiento, se encuentra á distancia de dos millas, el famoso lago de Piediluco, que comunica con el Velino por un canal muy estrecho. Es sin duda un magnífico contraste el que se ofrece á los ojos del viajero, dominado aun por la impresión que ha recibido al ver la catarata, el contemplar este hermoso lago en toda su tranquila magestad.

Cuenta siete millas de circunferencia y su figura es en extremo irregular. Tiene mucha profundidad, su lecho es arenoso y la pesca que produce excelente. Multitud de ligeras góndolas lo surcan en todas direcciones, ofreciendo el poder recorrerlo con seguridad. Las colinas que lo rodean presentan á cada paso perspectivas nuevas y variadas. La mas espléndida vegetación se desarrolla por todas partes, y una porción de casas de placer cuya blancura resalta entre la verdura de los bosquillos dan á este sitio un aspecto encantador.

Una de las colinas mas elevadas es la de la Roca, y conserva en su cúspide los restos de una fortificación antigua. En frente de ella se levanta la llamada de Caperno, que estaba antiguamente consagrada á Diana, y en la cual se vé hoy una capilla dedicada á San Egidio, y que fué en otro tiempo templo de la diosa.

Al pie de este monte se estiende una pequeña esplanada. Colocándose en ella de cara á la montaña de la Roca se observa un eco admirable que repite las palabras con rara precisión. Pronunciando dos versos endecasílabos, son repetidos completamente en dos segundos y medio, sin perderse el menor acento ni la mas pequeña inflexión de la voz. No parece sino que alguna hada misteriosa, oculta en la espesura del bosque, se entretiene en repetir las palabras.

Este eco es el mas notable que se conoce, pues el famoso de Oxford, no repite mas que un endecasílabo, y para ello es necesario que el agua del lago se halle enteramente tranquila.

A poca distancia, y en dirección del Este se ven los restos de la ciudad de Tora, donde sufrió el martirio Santa Anatolia por orden del tirano Decio.

FRANCISCO DE PAULA FIGUERAS.

CONVENIO DE VERGARA.

(Conclusion.)

XV.

El mismo día que se celebró el convenio, apareció el siguiente documento en el campo de don Carlos:

BOLETIN DEL CUARTEL REAL.

del 31 de agosto de 1839.

Secretaria de Estado y del despacho de Gracia y Justicia.

PUEBLOS DE NAVARRA Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

«Ved ya consumada la mas infame traición y al traidor anunciáoslo con descaro en la proclama que para vuestro conocimiento se imprime abajo. Al oro extranjero y al precio vil de la conservación de algunos grados habeis sido vendidos, y con vosotros han sido vendidos vuestro Dios, vuestro rey, vuestro país

y vuestros fueros. Calla el traidor las condiciones de la infame venta que él llama convenio de paz, pero sabed que no son otras que las que se estipularon en Vergara con Espartero, en la noche del 28 al 29 de este mes, y son las siguientes: 1.ª Conservación de grados y empleos militares y civiles, continuando en el servicio los oficiales que quieran, y dándose á los demás licencia ilimitada ó retiro; y á los que prefieran pasar al extranjero cuatro pagas anticipadas. 2.ª que los voluntarios depongan las armas en una comida que se dará á los dos ejércitos, y que desde luego se entreguen al enemigo todos los efectos de guerra y boca. 3.ª que los prisioneros sigan la suerte de los cuerpos á que pertenecen. En cuanto á los fueros de estas provincias, Espartero declaró abiertamente, que ni su gobierno ni él pueden conservarlos, y su única concesión en este punto, se redujo á prometer que influiría con las cortes para su conservación. ¿Habeis jamás oído una perfidia semejante? Pueblos vasco-navarros y voluntarios, escoged entre vuestro rey ó el traidor que tan vilmente corresponde á la confianza que en él habeis depositado, entre vuestro deber ó vuestra deshonra, y en fin entre el gobierno sabio y justo de vuestros padres ó el inmoral y desordenado de la Constitución de Madrid. Vuestra decisión, la lealtad innata entre vosotros y vuestra constancia, no dejan dudar de vuestra elección, y podeis estar seguros, siguiendo á vuestro rey, que S. M. no os abandonará en vuestros peligros y fatigas hasta obtener una paz verdadera y proporcionada á los sacrificios que habeis hecho por espacio de seis años.—De real orden.—El encargado de la espresada secretaria.»

PAULINO RAMIREZ DE LA PISCINA.

Proclama de Maroto.

VOLUNTARIOS Y PUEBLOS VASCONGADOS. Nadie mas entusiasta que yo para sostener los derechos al trono de las Españas en favor del señor don Carlos María Isidro de Borbon cuando me pronuncié; pero ninguno mas convencido por la experiencia de multitud de acontecimientos de que jamás podría permitir la felicidad de mi patria, único estímulo para mi corazón; y por lo tanto, unido al sentimiento de los gefes militares de Vizcaya, Guipúzcoa, castellanos y algunos otros, he convenido para conciliar los extremos de una guerra desoladora, y procurado la paz, la paz, tan deseada por todos, según pública y reservadamente se me ha hecho conocer. La falta de recursos para sostener la guerra, despues de tantos años, y la demostración pública de odiosidad á la marcha de los ministros, me han comprometido al último paso. Yo manifesté al rey mis pensamientos y proposiciones con la noble franqueza que me caracteriza; y cuando debí prometerme una acogida digna de un príncipe, desde luego se me marcó con la resolución de sacrificarme. En tan crítica posición, mi espíritu se enardeció y los trabajos para conseguir el término de nuestras desgracias se multiplicaron: por último, he convenido con el general Espartero, autorizado en debida forma por todos los gefes referidos, que en estas provincias se concluya la guerra para siempre; y que todos nos consideremos reciprocamente como hermanos y españoles, cuyas bases se publicarán; y si las fuerzas de las demás provincias quieren seguir nuestro ejemplo, evitando la ruina de sus padres, hermanos y parientes, serán consideradas y admitidas; pero para ello es indispensable que desde luego se manifiesten; abandonando á los que les aconsejen la continuación de una guerra, que ni conviene ni puede sostenerse.

«Los hombres ni son de bronce, ni como los camaleones para que puedan subsistir con el viento. La miseria toca su extremo en todo el ejército despues de tantos meses sin socorro: los gefes y oficiales tratados como de peor condición que el soldado, pues á éste se le da su vestuario; mas á aquel tan solo una corta ración, mirándolos de consiguiente marchar descalzos, sin camisa, y en todos conceptos sufriendo las privaciones y fatigas de una guerra tan penosa. Si algunos fondos han entrado del extranjero los habeis visto disipar entre los que los recibian ó manejaban. El país abrumado en fuerza de los excesivos gravámenes, ya nadie tiene con que atender á sus necesidades, y el militar que antes contaba con el auxilio de su casa, en el día siente las angustias de sus padres, que lloran la generosidad de un pronunciamiento que solo la muerte y la desolación les promete. Provincianos: sea eterna en nuestros corazones la sensación de paz y unión entre los españoles, y desterrados para siempre los enconos ó resentimientos personales: esto os aconseja vuestro compañero y general RAFAEL MAROTO.»

«En vista de la conducta indigna de don Rafael Maroto, S. M. se ha servido declararlo traidor con sujeción á todas las penas que las leyes imponen al delito de traición, poniéndole fuera de la ley.»

Este era el último alarde de fuerza de una autoridad impotente; así que no podía darse declaración mas nula. El valor, la dignidad, la fuerza, todo existía solo en el papel. Demasiado lo conocian los mismos que rodeaban á don Carlos, y trataron de ir poniéndose en salvo trasponiendo los Pirineos, como lo ejecutaron.

Terminó la guerra civil en las provincias vascongadas con grande contento de sus habitantes, y aun con entusiasmo; pues llegó hasta el punto en algunos pueblos de decirse misas en obsequio de Maroto, como sucedió en Tolosa ante la imagen de Nuestra Señora del Rosario, costeando el acto religioso unas mugeres

de la población que bendecian continuamente la paz

XVI.

Mas de una vez hemos oído decir á Maroto que entre él y Espartero no hubo mas que proposiciones no admitidas, y que si don Carlos despues de la revista en los altos de Elgueta hubiera vuelto de buena fé al consejo de generales y ministros, Maroto obedeciera lo en él acordado, siendo conforme á sus pensamientos y á lo que habia propuesto á don Carlos, ó renunciaria en caso contrario; pero como conoció que habia marcada prevención en su contra y nada se acordó por marcharse precipitadamente don Carlos, tuvo que someterse á las condiciones de Espartero, que repudiadas por él, fueron los gefes de las divisiones ó brigadas los que las sancionaron como se deja comprobado.

Maroto habria preferido aparecer como fugitivo de las filas carlistas, mas bien que sacrificar á los que por tantos años habian sostenido noblemente la guerra en las provincias, y por salvarlos fueron todos sus compromisos y todos sus sacrificios, pues si los hubiera abandonado no se libran de ser víctimas de los apostólicos.

Con tales antecedentes ha podido comprenderse la parte que corresponde á Maroto en el convenio de Vergara. Fué uno de los actores de aquella notable escena; pero no el autor.

Tampoco lo fué Espartero. No puede dudarse que se interesó por la transacción; y en esto procedía como buen español; pero pocas de sus medidas prepararon aquel acontecimiento. Si avanzó su línea, si internó algunas leguas sus tropas en el campo carlista fué en virtud de un plan de Aviraneta, como veremos, y aprovechándose de la inacción del carlista; pero no de las consecuencias de una victoria. Lo parecen sin duda las de Rmales y Guardamino, la toma de Balmaseda; mas no lo son y podemos demostrarlo. Balmaseda fué abandonada: las posiciones de Rmales y Guardamino mal defendidas. Algun día lo probaremos. Espartero, pues, fué otro de los actores del convenio de Vergara.

No diremos que fuera el autor; pero el que preparó este magnífico triunfo á la causa, fué don Eugenio Aviraneta. Sus felices intrigas, desunieron de tal modo al campo carlista que le puso en la triste situación que hemos visto. Un partido que se divide en fracciones y pone entre ellas un foso de sangre, no puede avenirse, tiene que destrozarse.

Cuando en esta circunstancia hay un gefe tan inepto como don Carlos, tiene que abandonarle una de las fracciones y renunciar á su causa, porque no se sacrifica quien nada espera. Y estos sentimientos que se arraigaron en el poderoso bando marotista, le hicieron desear la paz, y esta fué la espresión de la voluntad general, y la voluntad general fué el autor del convenio de Vergara, no como se celebró, sino como querian celebrarlo: esto es, conservando los fueros.

Bajo tal condición garantida, todos pedían la paz; sin ella, gritaban guerra. Por eso fueron á Vergara muchos batallones á remolque. Confíaban los gefes en que se concederian los fueros, y así lo ofrecían á los soldados.

Los gefes no podían ya retroceder: don Carlos desconfiaría justamente de ellos; y no les quedaba otro recurso que acogerse á los pabellones liberales.

Estos antecedentes quitan todo el oropel con que se ha revestido al convenio de Vergara, como sucede á todos los grandes acontecimientos; pero no es culpa nuestra se presente como el estudiado desenlace de un drama, lo que es solo un hecho histórico, bastante dramático de por sí para necesitar el aparato teatral.

XVII.

En conclusion, Espartero, Maroto, Arizaga, Aviraneta, Echaide y Muñagorri, han sido presentados como los autores del convenio de Vergara; los trabajos de unos y otros son independientes entre sí.

Maroto y Espartero, repetimos, fueron los actores de un drama que se les dió concluido. El mismo Aviraneta nos presenta con claridad los pormenores.—«Radicalo, dice, el alzamiento fanático contra Maroto en el país vasco-navarro; restaba que el ejército de la reina, á las órdenes del duque de la Victoria, aprovechase con conocimiento de causa el estado de discordia en que se veían los carlistas. El 16 de agosto espuse verbalmente al cónsul, que por mi parte y en aquella fecha estaba todo hecho, y que era preciso proponer á Espartero los movimientos que le detallé, como práctico que soy en el terreno, y conocedor entonces del verdadero estado del ejército enemigo: El cónsul aprobó mi idea, y me recomendó que sin perder momento le estendiera la minuta de la comunicación que iba á dirigir al duque con un confidente, y á la media hora le llevé el papel, cuya copia acompaño bajó el número 29.»

NUMERO 29.

MINUTA DE OFICIO DEL CÓNsul DE BAYONA Á ESPARTERO

«El pronunciamiento antimarotista que ha estallado en el valle del Bastán, es el resultado de los trabajos establecidos en esta ciudad, y producto de un plan de la mas alta concepción, que desde fines del mes de julio último está introducido en el campo enemigo, como consta al gobierno de S. M. por mis comunicaciones.

«El principal objeto á que se encamina el plan,

está conseguido. Crear un odio á muerte pronunciado entre el Pretendiente y Maroto: entre el partido teocrático furibundo, representado por el primero, y el fanático moderado, cuyo corifeo es el segundo. El germen inestinguible está radicado entre ellos, germinará con sintomas horribles que despedazarán á ambos partidos.

«Las bases fundamentales están echadas con el mas feliz éxito, pero ahora resta el encaminar esta revolución con la mayor sabiduría y tino, para que ninguno de los dos bandos triunfe absolutamente; es necesario ordinariar este pleito: igualar las fuerzas de ambos partidos, y preparar los elementos de choque y encredimiento entre ellos.

«Auxiliar al débil contra el robusto, subdividirlos y fomentar por último el germen de provincialismo, para que la division haga imposible el restablecimiento de unidad en ninguno.

«La sublevacion ha estallado en Navarra, y el cura Echevarria y otros navarros son los que están atizando para vengar á sus compañeros y amigos, sacrificados por Maroto en Estella. El Pretendiente representa actualmente el papel de pacificador; pero Maroto y los suyos están ignorantes del verdadero plan de la rebelion, y de los antecedentes que la prepararon.

«Luego que los sublevados cuenten mas fuerzas, el Pretendiente se pondrá al frente de la rebelion, acaso publicará la causa poderosa que obligó á los sediciosos á pronunciarse, y declarará á Maroto y sus compañeros fuera de la ley. Desde aquel momento la rebelion antimarotista quedará enclavada en territorio navarro, donde conviene mantenerla circunvalada.

«Maroto por su parte tiene que vengar otros atentados, que se ha supuesto le amenazan de cerca, y que solo él y el que los ha preparado los conocen. Maroto tiene á su devocion las tropas y poblaciones de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya, porque están persuadidos que solo puede proporcionarles la paz que tanto desean, y que las conferencias misteriosas con el lord John Hay van encaminadas á ese resultado. Maroto no tiene que temer mas que á los dos clubs principales de la conspiracion que existen en Tolosa y Azpeitia. Acaso estallará una asonada contra él en Azpeitia, Azcoitia y Oñate, etc., tierra de jesuitas y capuchinos. Para neutralizar ó contener semejante alzamiento, se están dando pasos en el interior, y se preparan los elementos para otro alzamiento general contra el Pretendiente y los ojalateros y que si se logra igual éxito al principal abrasará á todos.

«El ejército del Excmo. señor duque de la Victoria será un poderoso auxiliar para la realizacion de los planes, cuyos efectos se palpan.

«El mayor golpe que en el día pudiera recibir la rebelion, seria el interponer el ejército de la reina entre los dos bandos ó campos carlistas. Ocupar la Borunda y estender la línea por Tolosa á Hernani y San Sebastian, de manera que Carlos y los rebeldes con él quedarán encerrados en el pais vasco-navarro, y Maroto ocupando la parte de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya. Separar á don Carlos de la accion de Maroto, y vice versa. Esta sabia combinacion ejecutada con rapidez, introducirá el desánimo en las filas enemigas, y se seguirá su desmoralizacion y el abandono de sus banderas. El ejército, en el caso de combatir ó atacar, debe hacerlo al partido mas fuerte, no conviene que destruya al mas débil. La nivelacion de las fuerzas de los dos bandos contendientes, hará el que uno de ellos no triunfe con la ruina absoluta del otro. La base del plan de operaciones debe ser el mantener en pie la subdivision de la rebelion para que ellos entre sí se aniquilen sin exponer las preciosas vidas de los soldados del ejército de la reina.

«Si se consigue que los rebeldes radicados en el Baztan reunan á sí á los navarros y ojalateros con el Pretendiente al frente, y que permanezcan á la devocion de Maroto los guipuzcoanos, alavases y vizcainos, de hecho se habria logrado el espíritu y encono de provincialismo de las tres provincias contra Navarra, y por añadidura contra los ojalateros.—Bayona 16 de agosto de 1839.»

OBSERVACION.

«Este oficio fué la base fundamental en que se apoyó el movimiento del ejército de la reina sobre Vergara. El coronel Wylde, representante del gobierno inglés cerca de Espartero, y que estaba bien enterado de todas las operaciones y planes de este general en jefe, escribia al vizconde de Palmerston desde el cuartel general de Vergara el 28 de agosto lo siguiente:

«Hoy nos moveremos hacia Oñate para apoderarnos de los almacenes que se cree existen allí. La intencion del duque es avanzar en seguida hacia Tolosa y abrir la comunicacion por su derecha con el general Leon, á quien se ha dado la orden para dirigirse á Irurzun, en la entrada de la Borunda. tan luego como tenga noticia de nuestra llegada á Tolosa. Por este movimiento dejará á retaguardia las líneas de Andoain, y la artillería de grueso calibre que tiene en ellas el enemigo caerá en su poder, pues no hay otro camino que este por donde pueda retirarse.»

En vista de las anteriores líneas, puede comprenderse la parte que corresponde á Aviraneta en el convenio de Vergara, y los títulos que tiene á la gratitud de los liberales todos.

No entraremos ahora en las causas que le hayan enagenado las simpatías del partido progresista; pero nos condoleremos siempre que no hayan recibido la debida recompensa los importantes y muy desinteresados servicios de don Eugenio de Aviraneta, reducido hoy á un estado poco envidiable, que si ocasiona el contento de sus irreconciliables enemigos los carlistas, honra poco á algunos personajes que le deben mucho, muchísimo.

Creemos haber espuesto lo bastante para que se comprenda el convenio de Vergara. Renunciamos á combatir detenidamente los títulos que muchos alegan mostrándose autores ó promovedores de la paz de 39; tendríamos que entrar en una polémica enojosa é inútil para los lectores de un periódico de recreo é instruccion como *La Semana*.

En cuanto á lo que dejamos escrito, creemos haber hecho un servicio á la historia y rendido un débil tributo de admiracion á un acto que debió inaugurar en España una época de felicidad; pero el término de la guerra civil ha sido el comienzo de una miserable revolucion en nuestra desventurada patria.

A. PIRALA.

REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

ESTUDIOS SOBRE EL PROYECTO EUROPEO

DE LA UNION DE LOS TRES MARES

MEDITERRÁNEO, CANTÁBRICO Y ATLÁNTICO (1)

POR EL DOCTOR DON NICOLAS MALO.

Dignos de todo elogio y estímulo son sin duda los jóvenes que, dotados de una inteligencia no vulgar, se apartan de la trillada senda que sigue la generalidad, y se consagran en la flor de su vida á estudios severos, tan penosos como difíciles, áridos al principio, desnudos del brillo y de la fácil acogida, y tal vez gloria que otros alcanzan, y tanto mas meritorios, cuanto no producen sazonados frutos, sino despues de largos años de meditacion y trabajo.

El señor Malo pertenece al corto número de esos jóvenes laboriosos y pensadores que desprecian el presente por el porvenir. Su última obra, cuyo análisis vamos á hacer, pequeña en su tamaño, grande en su pensamiento especial por su objeto, formada con presencia de multitud de datos, cartas geográficas, y memorias parciales, es un título que le recomienda al aprecio de los inteligentes y de las personas que se interesan en el progreso y en el bien del pais, sin que con esto queramos decir que esté exenta de defectos, ni que el autor haya resuelto victoriosamente todas las cuestiones que sobre el particular existen.

Nuestra época, época del vapor, de los caminos de hierro y de la maquinaria; el vigoroso impulso y desarrollo que en otros paises y en algun punto aislado de la península han recibido diversos ramos de la riqueza pública; el clamor siempre creciente de los pueblos, que piden mejoras; la necesidad de satisfacer ese deseo general en toda la nacion, apresurando el momento en que se desenvuelvan los gérmenes de prosperidad que la Providencia ha depositado en su seno con mano pródiga, han debido influir poderosamente en el ánimo del autor para decidirse á lanzarse á un terreno todavía muy poco explotado entre nosotros.

Echemos una ojeada sobre la obra por el orden en que está impresa; sigamos al señor Malo en todas sus consecuencias y deducciones, y averiguemos, si nos es posible, qué es lo que quiere, qué es lo que intenta, y qué medios propone para llegar al fin que desea. Conocido esto, las personas competentes podrán apreciar por sí mismas cual será el resultado de sus ideas en el porvenir, una vez realizadas. A nosotros, no es dado hacer otro papel que el de simples narradores, y gracias si acertamos á desempeñarlo dignamente.

La obra del señor Malo puede considerarse dividida en dos partes, una económica y otra filosófica, y desde luego parécenos que su principal mérito estriba en la primera. Bastante versado en el conocimiento de las diferentes ciencias de que se compone la economía política, el señor Malo nos da una prueba de ello en cada uno de los capítulos de su obra, enriquecidos con datos, hechos y reflexiones, en general muy dignas de tomarse en cuenta, reflexiones oportunas que brotan espontáneamente de los principios sentados. El artículo primero, en el que considera económicamente á la península, da á entender que conoce á fondo su situacion, tanto en lo que atañe á la poblacion, como en lo concerniente al territorio, bosques, cereales, agricultura, industria, comercio y marina. Difícilmente á nuestro entender, podría bosquejarse con mas estension y exactitud la situacion actual de España, en un espacio tan corto.

El pensamiento que ha presidido á la formacion de la obra, es sin disputa una idea filosófica, enlazada con el proyecto grandioso de llevar á feliz término la union de tres opuestos y distintos mares, poniendo en comunicacion el Océano con el Mediterráneo.

Sin convenir en un todo con las opiniones del señor

(1) Un tomo en dozavo de 330 páginas y un mapa: se vende á 8 rs. en las librerías de Monier, Baylli-Baylliere, Publicidad y Epoca.

Malo, merece nuestras simpatías la manera franca y esplicita como ha procedido al emitirlas. En vez de contentarse con exposiciones someras, ha traído á exámen los diferentes pensamientos concebidos por sus predecesores, los ha sujetado á una severa crítica, y únicamente ha aceptado de ellos los principios ó prácticas, cuya bondad el tiempo y la razon han demostrado, rechazando con igual independencia los que el tiempo y la razon han condenado.

No podia ser de otro modo cuando los principios económicos del autor, que con corta diferencia son los que invocan y sustentan hoy los primeros economistas de Europa, no están siempre de acuerdo con los de aquellos.

Entre estos principios, la fórmula de algunos nos ha parecido algo oscura, y otros de no escasa importancia y trascendencia. Citaremos.

«Cree el autor que en las obras públicas de intereses materiales debe prescindirse de toda obra de lujo, ó que tienda á la ostentacion ó gasto inútil; sistema seguido en los Estados Unidos, y al que deben estos la inmensa estension de caminos y canales que surcan su dilatado territorio; que en las obras públicas debe contraerse la España á la resolucion de este problema: hallar los medios de producir los mayores resultados con los menores gastos; teoria, aunque nada nueva, muy digna de fijar las miradas de los publicistas, en una nacion donde por lo comun se buscan los resultados sin equilibrarlos con los intereses invertidos, sin tener presente que la triple base sobre que deben descansar semejantes proyectos, es la utilidad, la solidez y economia.

Tambien pretende el autor que en la ejecucion de las obras públicas, no solo se tenga presente el resultado inmediato que van á producir, sino la trascendencia sucesiva que en el porvenir reportarán las consecuencias últimas de la obra acabada; y finalmente, mas abajo añade, que las condiciones facultativas deben servir al pais, no el pais á las condiciones facultativas. Esto último (y perdónenos nuestro amigo) tiene algo de la naturaleza del logogrifo. Tal vez sea torpeza ó ignorancia nuestra; pero no lo hemos podido comprender, á pesar de haberlo leído mas de una vez.

Con tales premisas el señor Malo, despues de establecer y demostrar que entre nosotros no hay verdadero sistema en las obras públicas, hallándose diseminadas la voluntad y la accion (fuerza metálica) del gobierno, concluye manifestando que su sistema no se contrae á la ordenada ejecucion de aquellas, ni á consultar únicamente los grandes intereses nacionales, sino que ademas otros muchos pensamientos de igual y de tan alta importancia, en un caso dado, contribuirán á que le formule. Este sistema, segun se esplica, no seria otro que el de la realizacion práctica de un profundo pensamiento, mas bien que principio, que viene desde largo tiempo trabajando su alma, á saber: que la economia política de aplicacion, es el verdadero sistema constitucional de los pueblos modernos; en lo que tampoco estamos conformes con el autor. Sin desconocer la importancia de la ciencia económica, no vacilamos en declarar que para nosotros la economia y la política son dos cosas distintas, como lo es el fin de los medios, por mas que los apóstoles de la primera sustenten lo contrario.

Pero sea de esto lo que se quiera, y respetando las opiniones del señor Malo, ora las aceptemos, ora se opongan á las nuestras, con placer notamos siempre, que no perdona medio ni investigacion alguna para justificar sus teorías. Enemigos de prodigar las alabanzas, nos contentaremos con citar un hecho que revela la conciencia con que escribe y el ardor con que busca la verdad.

Sin ser ingeniero (¡ojalá que lo fuera!) ha procurado á fuerza de estudio y observacion, oyendo el juicio de personas competentes, hacer algunas indicaciones importantes respecto de las condiciones facultativas de su proyecto. Establece por principio en las vias navegables un sistema mixto, admitiendo como base de la navegacion el propio alveo de los rios, y cuando estos encuentren obstáculos insuperables ó casi insuperables, cree que debe adoptarse la construccion de canales laterales para salvar estos obstáculos con los menores dispendios. Opina por la separacion de las dos circunstancias de navegacion y riogo en los canales artificiales, por cuanto sus condiciones facultativas son diametralmente opuestas. En los ferro-carriles que propone, busca la línea recta siempre que sea posible, de modo que sin subordinar su sistema á la direccion, procura la velocidad y la economia del tiempo y del terreno; y al examinar la cuestion internacional de la travesía del ferro-carril por los Pirineos, se manifiesta hábil analizador, y saca de la misma Memoria francesa, escrita en pro del vs. lle de Aran, argumentos robustos para combatirla.

Tal es el objeto de la obra, considerada en abstracto; descendiendo á los detalles, el autor empieza por manifestar la oportunidad de que se emprenda el precitado proyecto, pone en relieve su importancia, menciona las producciones de Aragon que piden mercados, se ocupa del espíritu del pais y de la carencia de vias y prontos medios de comunicacion, considerando por último como base de las obras públicas de España, las tres provincias de aquel antiguo reino.

El artículo primero en que se ocupa de esta materia, resume, como ya indicamos, el cuadro de la situacion actual de la península. El autor demuestra en él no vulgares conocimientos en la ciencia difícil

de la economía práctica. La población, territorio, agricultura, industria, transacciones mercantiles, marina, cereales, hulla, algodón, papel, minas (de plata, cobre, hierro y azogue), seda, moreras, todo es objeto de su atención, sobre todo arroja una mirada indagadora y pasa rápidamente, sin omitir por eso nada de lo que cree útil y oportuno poner en conocimiento de sus lectores. Así en dicho artículo primero, que debe considerarse como el preliminar de la obra, prepara su ánimo para los siguientes.

Formula después el señor Malo la historia y descripción del Ebro, manifestando su importancia, su dirección, longitud, ríos tributarios, y esponiendo las diversas tentativas que desde antiguos tiempos se han hecho para su navegación, lo examina bajo diferentes aspectos, y se ocupa de algunas memorias escritas con este fin.

Conocida ya la naturaleza del río, hace una reseña histórica del canal imperial de Aragón, y de los cuatro proyectos concebidos para prolongarle en su parte inferior: el primitivo de don Ramon Pignatelly, el de don Miguel Alejos Burriel, el de don José García Otero, y otro que se atribuye al señor Villares Amor. El autor los analiza detenidamente: refuta en primer término el famoso de Pignatelly, por envolver la idea de unir en un solo cauce los dos objetos de riesgo y navegación, siendo por esto una obra gigantesca y costosísima; tampoco admite los otros dos, y únicamente forma sobre el último un nuevo proyecto, reducido á procurar la unión del canal con el Ebro por el punto mas inmediato, continuándole después por el alveo de este río hasta las inmediaciones de Alforque, en donde, mediante un nuevo canal, debe cortarse la garganta á la llamada *Vuelta de Sástago*, en cuyo punto el río hace algunas circunvoluciones ocasionando un gran rodeo.

Desde aquí la navegación continúa desembarazada hasta Tortosa, donde para salvar las barras del Ebro propone el señor Malo la construcción de un canal hasta San Carlos de la Rapita.

Desde las inmediaciones de la Casa-Blanca, embarcadero contiguo á Zaragoza, indica igualmente la construcción de otro canal que sirva á la vez de comodidad y de provecho á la población por donde cruce.

Esto en lo relativo á la prolongación baja de la ría navegable, pero el autor trata de que el canal Imperial ó el Ebro se continúen hasta el mar Cantábrico, en el puerto de San Sebastian.

Es de dictamen, prescindiendo de los proyectos parciales, de prolongar el primero hasta Tudela, que se piense en llevarlo á Milagro, punto de confluencia del río Aragón con el Ebro, desde donde dirigiéndose rectamente al Norte, prosiga en la misma forma hasta llegar á aquel puerto.

Conseguido este objeto, resulta unido el mar Mediterráneo con el Cantábrico por la vía mas corta que se conoce, menos estensa que la que hoy se halla practicable desde Bordeaux á Cete, y tambien de la que se tiene proyectada á este punto desde Bayona, quedando ademas roto el istmo, que en la actualidad mas bien nos separa que nos une á la Europa.

El vasto pensamiento del señor Malo no se concreta á unir estos dos mares, haciendo navegable el Ebro; aspira á que el Océano le rinda tributo, y este se lo promete enlazando el Duero con el Ebro. Al efecto, pretende que desde Milagro, ya por el propio alveo del río, ya mediante un canal lateral, se continúe la navegación de aquel, en la misma dirección de su curso hasta la latitud de Alar del Rey, en donde debe construirse otro canal que vaya á unirse en dicho pueblo con el de Castilla. Al propio tiempo otro ramal deberá partir desde Alar á Mataporqueta, y desde aquí á Santander, el proyectado ferro-carril de Isabel II.

Realizado este pensamiento, queda navegable toda la extensión de Tortosa á San Sebastian, y desde Tortosa á Alar del Río, Santander y Valladolid.

De esta ciudad al Duero no hay comunicación por agua, y para establecerla, en vez de un canal, el autor opina que debe hacerse navegable el Pisuerga en ese corto trecho, y después verificar otro tanto con el Duero, así en la parte superior como en la mas baja hasta Oporto, salvando algunos trozos, en que siendo al parecer imposible continuar por el mismo alveo, seria necesaria la construcción de canales laterales.

Al estudiar el Duero en sus relaciones con la navegación interior, como la desembocadura de este río y una parte de él corre por el territorio lusitano, se detiene el autor algun tanto en nuestras negociaciones diplomáticas y en las nuevas tendencias que van desenvolviéndose en el vecino reino, favorables á la comunidad de intereses peninsulares.

Como complemento de la navegación interior, proyecta la construcción de dos caminos de hierro: el uno que se dirija á la izquierda del Duero, al frente de Simancas, á dos leguas de Valladolid, con el doble objeto de facilitar la comunicación entre Santander y las Castillas, de estas con el interior de España, y de vivificar á la vez el movimiento mercantil del Duero, acelerando la época de que se pueda utilizar cual corresponde, y de hacerlo navegable hasta Oporto y en su parte superior. El otro ferro-carril debe extenderse tambien desde Madrid al centro de los Pirineos, para penetrar via recta á la capital de la vecina república.

Su objeto es de mayor importancia que el primero; ademas de procurar como él, la unión de lejanas provincias con el centro de España y de dar un nuevo impulso, y acelerar la época del movimiento mercantil

del Ebro, tiene por objeto enlazar íntimamente la Francia con España, ó mas bien enlazar esta última con el resto de Europa, de la que se halla separada por las fragosidades del Pirineo.

Al examinar esta via, el autor llega á una cuestión de interés internacional: la elección del punto por donde deben atravesarse los Pirineos. El señor Malo con loable intencion y con buena lógica y gran copia de hechos y razones que juzgamos muy atendibles, combate los argumentos de los ingenieros franceses, y reduce la cuestión á los verdaderos intereses de la península.

He aquí en globo el recomendable pensamiento del señor don Nicolás Malo; decimos en globo, porque para entrar en el examen concienzudo y severo de cada una de las partes de su proyecto, necesitaríamos estar adornados de conocimientos especiales que no poseemos, necesitaríamos estendernos en consideraciones que nos llevarían muy lejos, ajenas de la índole de un artículo de periódico, escrito sin otras pretensiones que las de un ligero analisis.

Hubiéramos deseado que el autor hubiese sido mas sóbrio en algunos pormenores, y mas extenso en otros. Menos oscuro, menos dogmático á veces, y mas claro y generalizador: y sobre todo, no quisiéramos que su estilo pecase á menudo por incorrecto y desaliñado. Hay periodos (no muchos por fortuna) que ni los mismos hierofantes egipcios, á pesar de su prodigiosa ciencia, serian capaces de descifrar; y no será extraño que el lector los entienda al revés, porque nosotros, á pesar de nuestros buenos deseos y de la atención particular que hemos puesto en su lectura, no estamos seguros de haber acertado ni expresado siempre, bien ó mal, lo que el autor quiso decir. Mucho nos alegraríamos que estos supuestos lunares no existiesen, y que otras personas mas autorizadas pensasen de distinta manera que nosotros.

El señor Malo tiene bastante buen juicio para conocer la sinceridad y benevolencia de nuestra crítica, y nosotros que reconocemos en él talento, laboriosidad y un profundo y noble anhelo de ser útil á sus compatriotas, ¿no tendremos derecho para exigirle que lime un poco mas sus producciones, cuando estamos convencidos que con un poco de paciencia y trabajo lo conseguirá fácilmente?

Por amor á su gloria y á su porvenir literario, le rogamos que tenga siempre presentes estas palabras; le rogamos que no edifique sobre arena, pudiendo edificar sobre piedra, mayormente cuando en él concurre una circunstancia especialísima que debe llenarle de satisfacción y servirle de estímulo para perseverar en su propósito con doble fé y ahínco. Tenemos el presentimiento de que va á presenciar durante su vida la realización de una parte considerable de sus proyectos, de esos proyectos que antes de ahora, desde su aparición como escritor público en su país natal, en la siempre invicta Zaragoza, le han conquistado las simpatías y el aprecio de todos los aragoneses.

Es bello, muy bello ser el órgano, el intérprete de las aspiraciones de todo un pueblo, y si á esto se une su cariño y gratitud, ¿quién no consagraria gustoso, á trueque de ver realizadas tan hermosas esperanzas, su juventud, sus vigilias, su vida entera?

Continúe el señor Malo como hasta aquí, por la difícil cuanto patriótica senda en que se ha lanzado: medite, estudie, trabaje, y sobre todo, lime sus producciones, y no solamente Aragón, tambien el resto de España tendrá aplausos para su nombre, laurel para sus sienes, lágrimas para su tumba, fama y bendiciones para su memoria.

Así lo creen al menos sus numerosos amigos que no tienen por qué adularle, y entre ellos el que firma estas mal trazadas líneas.

Madrid 1.º de setiembre de 1850.

ALEX MAGARIÑOS CERVANTES.

LOS ZAPATOS DE TORIBIO.

CUENTO.

Las riquezas adquiridas por medios ilícitos se disminuirán; el que las adquiere trabajando las verá multiplicarse. —Salomon.

Hace algunos años que en un pueblo de Galicia, cuyo nombre no hay para qué mencionar, vivía un usurero llamado Toribio Melampas, que se había hecho célebre en el pueblo y sus cercanías por su gran avaricia. Su facha era verdaderamente la de un mendigo, aun cuando en su casa guardaba mucho dinero; pero los mas antiguos habitantes del pueblo siempre le vieron con el mismo vestido... pero, ¡qué vestido! Un chaqueton de paño burdo raído y lleno de remiendos, un pantalón del mismo género y en igual estado, una camisa mas digna de entretelar una levita que sentir el suave contacto de la piel humana, un sombrero cuya forma había llegado á ser problemática, y cuyo origen no hubiera acertado á descubrir el hombre mas entusiasta por el analisis; y sobre todo, unos zapatos que subsistían á pesar de su grande antigüedad, merced á dos famosas herraduras que mantenían sus tacones, y cuatro hileras de tachuelas

con honores de clavos que adornaban el espacio de su suela. Cuando se le miraba andar era imposible abstenerse de soltar una carcajada, siendo tan extraña su fealdad, que para callar á los niños decían las madres: «¡Mira que llamo á Toribio Zapatonas!» mote con el cual le conocían. Cuando se veía alguna cosa fea, innoble ó extravagante, era proverbial decir: «Eso se parece á los zapatos de Toribio».

Un día que nuestro avaro, ayudado de la sutil destreza que le distinguía, había logrado comprar á vil precio á un pobre gallego una redoma de sanguijuelas; quedó tan satisfecho de su buena mercancía, que se determinó á concebir el pensamiento de hacer algun gasto extraordinario en celebridad de la futura y positiva ganancia que se prometía con el comercio de aquellos chupadores animalitos. «Convidaré á comer á mi sobrino que acaba de ser licenciado, se decía; pero no, devora mas que una ballena; renuncio á este proyecto. Compraré un par de anchoas y pan blanco... tampoco; no hay necesidad; estoy acostumbrado á comer sardinas malas y pan negro, y acaso la buena calidad del extraordinario manjar perjudique á mi salud.» Después de haber meditado mas que un poeta de arte para componer una oda, decidió por último entrar en una casa de baños, y tomar uno de tantos como le habían aconsejado los médicos que tomara, por convenir así á su quebrantada salud; pero que jamás quiso hacer por no gastar. Al penetrar en la casa de baños, le encontró su sobrino y le hizo algunas observaciones respecto á su escasa economía, y aun se determinó á decirle:

—Por Dios tío; cómprese vd. otros zapatos, que los que lleva puestos son el hazme reir de todo el pueblo.

—Pensaré en ello, contestó en tono gruñon Toribio. Y volviendo la espalda al importuno consejero entró en seguida en la casa de baños.

Al salir de la tina, y al entrar en el aposento destinado para vestirse, vió cerca de su ropa un par de zapatos nuevos, y pensó que aquello era una agradable sorpresa que su sobrino había querido proporcionarle, y en su consecuencia se los puso y salió después de haber pagado al bañero. Pero aquellos zapatos nuevos pertenecían al corregidor del pueblo, que habiendo entrado poco después que Toribio en el baño, también salió de él poco después que él, y quedó sorprendido al hallar su ropa y á cierta distancia un ridículo calzado que no era el suyo; pero al abrir una ventana observó lleno de espanto que lo que le habían dejado eran las barcas de Toribio Zapatonas.

—¡Santa Virgen! exclamó; ese bribon de avaro me ha robado mis zapatos y me ha dejado los suyos. ¡Pronto; que se apoderen de su persona!

Los alguaciles que habían ido acompañando al corregidor salieron corriendo á la calle y lograron alcanzar á Toribio, precisamente en el momento en que se disponía á abrir la puerta de su casucha, y le metieron en un calabozo. Por mas que aseguró que sus intenciones no habían sido las que presumían, la ocasión que tenía el corregidor de hacer una corta sangría á sus riquezas le pareció favorable, y no le quiso escuchar; y le pusieron en libertad, después de haber pagado una buena multa.

Toribio regresó á su casa desesperado, y cuando se vió solo se cruzó de brazos delante de sus zapatos, motores de su desgracia, y después de haberles dirigido las mas enérgicas reconvenciones, los ató, los cogió encolerizado y los arrojó por una ventana al río, que corría al pie de la pared exterior de su casa. Pero sucedió, que dos ó tres días posteriores á esta escena, varios pescadores que tiraban de sus redes sintieron que sacaban una cosa muy pesada, y alegres con la esperanza de ver pronto una pesca abundante, ó algun pez de extraordinario grandor, se apresuraron á sacar la red del agua; pero no tuvo límites su desesperación cuando descubrieron que habían pescado... ¿qué? los fatales zapatonas de Toribio, cuyos clavos monstruosos hasta habían despedazado la red. Rabiosos los pescadores á vista de tan inesperado hallazgo, tomaron los zapatos y los tiraron á la ventana del avaro; pero la casualidad permitió que diesen sobre la redoma de las sanguijuelas, la cual se rompió y cayó á la calle con la mayor parte de los bichos. Toribio, que oyó ruido, acudió con estúpido sobresalto al sitio de la catástrofe, y vió á sus fatales zapatos nadando en agua, zapatos que no solo le habían costado una multa, sino que ademas habían roto la redoma de las sanguijuelas, fundamento de su futura ganancia. Se tiró de los pelos enfurecido y exclamó:

—¡Malditos seas amen!... Pero yo buscaré medios para que no volvais á fastidiarme.

Y los llevó al corral, abrió un agujero muy profundo y los enterró; mas un vecino que estaba asomado en un balcon, vió á Toribio en el momento que cubría con tierra el agujero, y refirió á todo el mundo que había visto á Toribio desenterrando un tesoro en su corral; la noticia circuló por todo el barrio, y llegó á los oídos del corregidor, quien volvió á llamar á Toribio, y le amenazó con la cárcel, si no dividía con él su tesoro. Toribio estuvo á punto de desmayarse; se dió fuertes golpes de pecho; invocó el santo nombre de Dios, y juró que solo había enterrado sus zapatos; pero el corregidor se irritó mas con esta respuesta, y le acusó de estarse mofando de la autoridad. Toribio sentía ya los grillos de la cárcel, y comprendió que de nada le serviría luchar contra la fuerza y contra el deseo de plata que tenía el corregidor, y consintió en darle otra cantidad mas considerable que la anterior; pero hizo

solemne promesa de concluir para siempre con los fatales zapatos.

Cuando llegó la noche salió de la ciudad, y habiendo observado atentamente que nadie le miraba, sacó los zapatos que llevaba escondidos, y los arrojó al fondo de un acueducto. Quedó algún tiempo inclinado sobre el pretil, y se llenó de regocijo y batió las palmas cuando vió perfectamente ahogados á sus dos enemigos, y gozoso regresó á dormir á su casa, en la persuasión de que en adelante no se oiría hablar de sus zapatos. Mas ¡ay! los malditos tenían que darle todavía un nuevo tormento.

Al otro día por la mañana, las muchachas del pueblo fueron, como tenían de costumbre, á llenar sus cántaros á las fuentes públicas, pero todas quedaron estupefactas, al ver que el agua no venía, y de aquí nacieron clamores y reclamaciones. Los fontaneros, llenos de inquietud, y asustados, acuden á todas partes, suben al acueducto, sondean las cañerías, y por último reconocen la existencia de un cuerpo extraño, que detiene el curso del agua, y la obliga á salir por otra parte. ¿Qué era pues?

¿Qué había de ser? Los célebres zapatos de Toribio. Nueva denuncia, nuevo arresto, nueva multa; la ruina del usurero estaba ya casi declarada, y hasta llegó á temerse que sucumbiera á consecuencia de un sofocón. Cuando se vió pálido, sin aliento en su casa, y enfrente de sus zapatos.

—¿Qué haré de vosotros? les preguntaba con aquella calma siniestra que espresa el último grado de la desesperación. ¿A qué género de suplicio debo yo condenaros, malditos? Os haré mil pedazos.... pero no, que entonces voy á crearme mil enemigos. No me queda mas que un medio, voy á reducirlos á cenizas.

Y asíéndolos con sus manos temblorosas y crispadas de furor, los llevó á la fogata, pero viéndolos húmedos todavía, pues se habían empapado en agua por su larga residencia en el acueducto, temió que el fuego no los consumiese como deseaba y los puso al borde de su ventana para que el sol los secase primero.

No se había aun retirado á dos pasos de distancia de ellos cuando saltó el gato á la ventana, tropezó con los zapatos y los dejó caer á la calle, precisamente en el momento en que pasaba una muger, á la cual ocasionaron una herida en la cabeza por las tachuelas que tenían las suelas.

—¡Al asesino! ¡al asesino! gritaron á una voz las mugeres del barrio.

—¿Quién ha muerto? ¿dónde está el culpable? preguntan los hombres que pasaban. Se reúne la multitud, y pone cerco á la puerta de Toribio; no se habla allí de otra cosa mas que de hacer justicia al momento y todos piden que azoten á Toribio. El viejo usurero toma una resolución suprema y suplica á la policía que le conduzcan á casa del corregidor, donde postrándose de rodillas y depositando los fatales zapatos á los pies de dicha autoridad, esclama:

—Señor miembro de la justicia, mirad delante de vos dos furias encarnizadas contra mí, yo era rico, ellos me han arruinado; yo era dichoso, apacible, ellos han destruido mi tranquilidad y abreviado el término de mi existencia. Redactad un edicto por el cual sepa todo el pueblo que al menos sus crímenes futuros no se me imputen; pero si no se me concede este favor renuncio á la vida, y que desde luego me lleven á un suplicio.

El corregidor no pudo reprimir la risa al oír tan extraña súplica; redactó el edicto, mandó fijarle en las esquinas del pueblo, y se contentó esta vez con dirigir á Toribio un discurso que se refería á los inconvenientes que trae consigo el no cambiar oportunamente de calzado.

I. A. BERMEJO

MOSAICO.

EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 9 de setiembre.—Año de 1812. El ejército francés, despues de haber socorrido la plaza de Santoña, abandona á Bilbao, donde inmediatamente se celebraron festejos y proclamó la Constitución.

DIA 10.—1809. Sitio de Gerona.—El general don Jaime García Conte, introduce un convoy en la plaza despues de haber derrotado la division francesa que estaba en Sort. En esta accion murió el general francés Hadeln, á quien mató un miguelete con su propia espada: clavaron tres cañones de los sitiadores y fueron estos perseguidos hasta Sarriá.—1836. Accion de Prast de Llusanes.

DIA 11.—1834. Accion de Arrigorriaga, la que duró desde las seis de la mañana hasta el crepúsculo de la tarde quedando vencedores los carlistas. Las tropas de la reina tuvieron la pérdida de 600 hombres entre muertos y heridos y 300 prisioneros, habiendo

recibido el general Espartero que las mandaba un balazo y una contusion de lanza en el brazo izquierdo.

DIA 12.—1811. El general don Luis de Lacy con 200 hombres de Areins de Mar, se apodera de las islas Medas.—1838. Accion de Ovanos, ganada por los carlistas, y en la cual fué herido el general Alaix.

DIA 13.—1813. Accion de Ordal.—1836. Accion de Requena.—1839. Accion del puerto de Velate.—Sale de Elizondo don Carlos en retirada para Francia.

MODAS.



Elegante y digna sustitucion del peinado á la Fuoco.



DIA 14.—1810. Accion de Cifuentes y de La Bisbal.—1836. Accion de Arroniz mandando en jefe el general Oráa.—1839. Accion de Urdax y se refugia don Carlos en Francia con 5.600 soldados y 2.089 oficiales.

DIA 15.—1811. Sorpresa feliz en las inmediaciones de Ciudad-Rodrigo por las tropas españolas del quinto ejército.—1836. Las tropas constitucionales lograron un triunfo en Guipúzcoa sobre los carlistas.

LAS SETENTA Y CINCO CARTAS DE SÉNECA.

REDUCIDAS EN FRAGMENTOS Y SENTENCIAS Ó SEA AFORISMOS BREVES.

ANNEO TUCILLO SÉNECA. Maestro del emperador Neron y residente en Roma, fué natural de Córdoba: este tuvo un amigo llamado *Tucillo*, el cual era procurador del pueblo romano en Sicilia, y á quien escribió desde Roma dicho Séneca las sobredichas cartas, cuya sustancia es la que sigue:

PRIMERA CARTA.

Recoge el tiempo perdido; la mas torpe pérdida del tiempo, es la que sucede por negligencia.

Todas las cosas son ajenas, y solo el tiempo es nuestro, mira que es tarde la templanza en los últimos tercios de la vida, cuando lo que queda es poco, y lo peor.

Piensa que eres mortal.

SEGUNDA.

No seas mudable que arguye corazón flaco; y lee libros, mas no mucha diversidad de ellos, si no fuese alguna vez por desenfado, y procura digerir lo que leyeses.

TERCERA.

Llamar amigo á aquel de quien no te fías, no es acertado. Examínalo bien antes de admitirlo, mas despues fía de él cualquier secreto.

Vive de suerte que no tengas que fiar de tí mas de aquello, que podrias fiar de todos.

Ne te recates delante de tu amigo, y piensa que estás solo delante de él; ni digas á todos, lo que solo para el amigo.

No fies de todos, ni dudes de todos.

CUARTA.

Para logarte, persevera en la virtud, que es gran deleite el que recibe la contemplacion del corazón limpio.

Lo peor que tenemos es, que teniendo autoridad de viejos, sean los vicios de mozos.

Está dispuesto á dejar la vida por Dios.

Si quieres vivir larga vida, vive alegremente.

QUINTA.

No quieras mas parecer bueno que serlo. En tu vivir no innoves cosa mayormente esquisita, y que por ella te noten. Como lo sería dormir en tierra, aborrecer el andar limpio, ajustándose á todo lo que ha de tener cara de hipocresía.

Si te quieres apartar del vulgo, sea disfrutándote de él con el corazón; á saber, es en las virtudes, mas lo que fuere exterior, sea como los demás. El hábito y vestido, no sobrado curioso, mas bueno y honesto: porque haciendo lo contrario, en vez de ser amado, serás aborrecido, y harán burla y menosprecio de tí.

Atormentar el cuerpo, andar sucio, usar viandas viles y crueles, es contra la naturaleza; y peor hacer pasto de les que incitan á lujuria. Un medio en todo.

LOGOGRIFO.

UN ser mal y d

dias
dias dias dias
dias dias dias dias
dias dias dias
dias dias
dias

IN FORTUNIOS

infortunios SEB SOINIUHOANI

infortunios

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm 8.